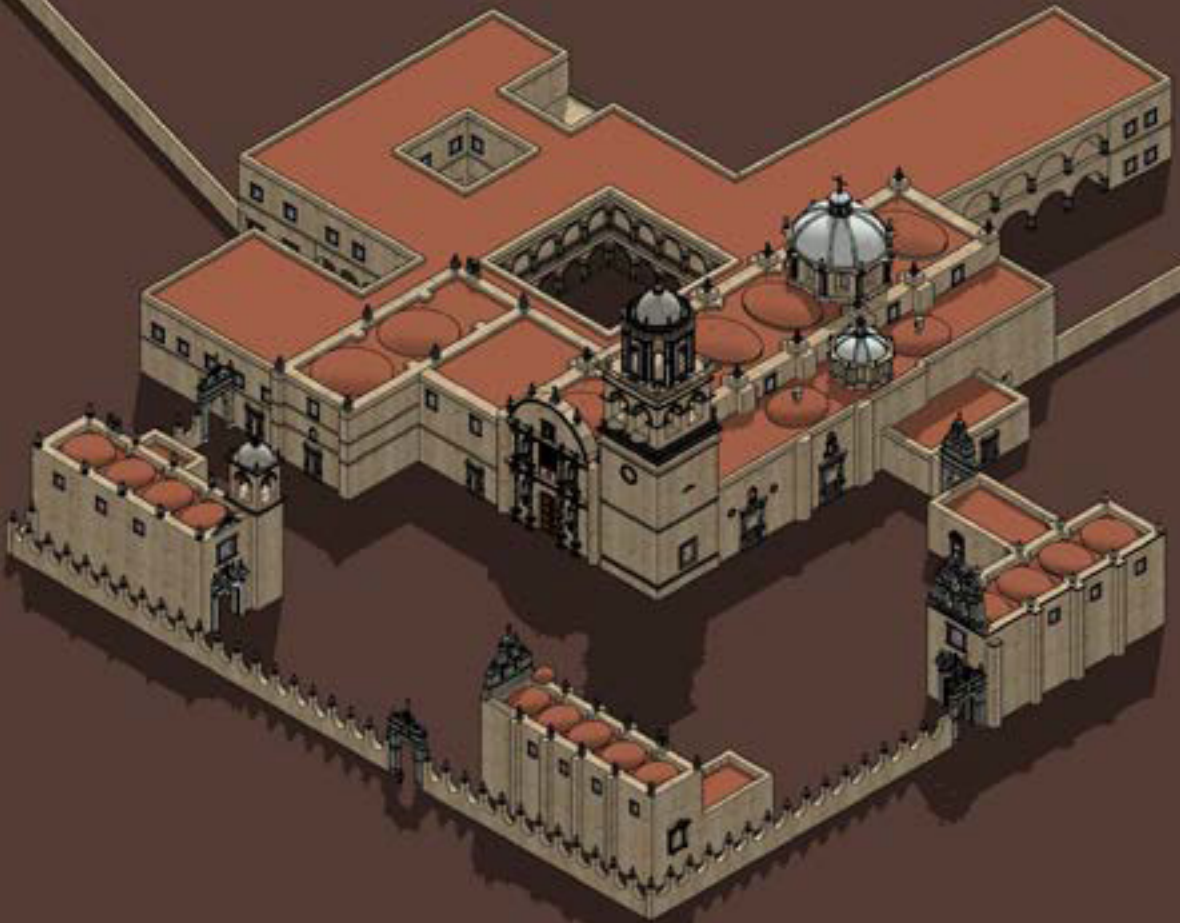


Arquitectura Franciscana Jalisciense

José Alfredo Alcantar Gutiérrez | David Zarate Weber
Alfonso Mier Bueno | Gloria Aslida Thomas Gutiérrez

Coordinador

José Alfredo Alcantar Gutiérrez



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA
Red Universitaria e Institución Benemérita de Jalisco

CUAAD
CENTRO UNIVERSITARIO DE
ARTE, ARQUITECTURA Y DISEÑO



Universidad de Guadalajara

Dr. Ricardo Villanueva Lomelí
Rector General

Dr. Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrector Ejecutivo

Mtro. Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretario General

Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño

Dr. Francisco Javier González Madariaga
Rector

Dra. Isabel López Pérez
Secretario Académico

Dr. Everardo Partida Granados
Secretario Administrativo

Arquitectura Franciscana Jalisciense.

Primera edición, 2023

Textos

© José Alfredo Alcantar Gutiérrez
David Zarate Weber
Alfonso Mier Bueno
Gloria Aslida Thomas Gutiérrez

Diseño y diagramación

Jorge Campos Sánchez
Diana Berenice González Martín

D.R. © 2023, Universidad de Guadalajara
Av. Juárez 976. Col. Centro
C.P. 44100, Guadalajara, Jalisco, México.

ISBN 978-607-581-148-2

Este libro se terminó de editar
en diciembre de 2023.
Hecho en México.

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Índice

- 4** **Prólogo**
Verónica Livier Díaz Núñez
-

- 11** **CAPÍTULO 1**
**El convento de San Francisco, un acercamiento
a la historia de un edificio de Guadalajara**
José Alfredo Alcantar Gutiérrez
-

- 36** **CAPÍTULO 2**
**El arte indígena en las cruces atriales del centro
occidente de México**
Alfonso Mier Bueno
-

- 73** **CAPÍTULO 3**
El convento de Capuchinas de Guadalajara
Gloria Aslida Thomas Gutiérrez
-

- 89** **CAPÍTULO 4**
**El ex Convento de Nuestra Señora de Guadalupe en
Sayula, Jalisco. Hipótesis a partir de algunos hallazgos**
David Zarate Weber
-

Prólogo

Este libro «Arquitectura Franciscana Jalisciense» integra los resultados de investigación de cuatro investigadores destacados, del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño de la Universidad de Guadalajara, quienes cuentan con una destacada trayectoria en el estudio de la arquitectura patrimonial religiosa de nuestro estado de Jalisco, quienes comparten su interés en investigar y documentar, sobre el estudio de diversos casos de estudio enfocados a exponer diversos aspectos y problemáticas que inciden en el género religioso, y además unen esfuerzos para que especialistas y no especialistas del campo de la arquitectura, conozcan el desarrollo histórico de tres conjuntos conventuales, sus vicisitudes, transformaciones y estado actual, con la intención de dar a conocer y sensibilizar sobre la importancia de la protección del patrimonio edificado de nuestro Estado y algunos casos, comparten resultados de estudios elaborados para establecer las bases para la realización de proyectos de intervención en ellos, este es el caso expuesto en el capítulo dos de este libro.

Para iniciar, en el capítulo uno, denominado *El convento de San Francisco, un acercamiento a la historia de un edificio de Guadalajara*, elaborado por el Dr. José Alfredo Alcántar Gutiérrez, presenta el desarrollo histórico de este convento, considerando que este es el resultado de un proceso que inicia con la evangelización, que continua con la materialización de un conjunto de singular belleza artística barroca, y que genero un importante espacio que se mantuvo como eje integrador de la imaginería creativa de los habitantes que acudían a realizar alguna de las funciones religiosas en él.

Esta investigación da cuenta de algunos de los principales sucesos que en su conjunto, transformaron el conjunto original, incluyendo no solo los eventos de la naturaleza que han impactado en los edificios, la propia obra del siglo XXI, que incluyó el uso de la tuneladora, para construir la sección subterránea de la línea tres del tren ligero, sino además de las vicisitudes políticas y sociales que incidieron en cambios y destrucción de algunas de las partes de este conjunto monumental, entre los que se incluyen: el impacto de la ejecución de las Leyes de Reforma, la incorporación del estilo neoclásico y de las tendencias estilísticas del porfiriato, la vinculación del edificio con las líneas de ferrocarril, así como varios sismos, que afectaron el esplendor de los edificios y que todos ellos, han incidido en el estado actual del mismo, y como menciona el autor, dejando solo restos de lo que en algún momento fue este Convento, que tuvo sus mejores momentos entre el año de 1543 hasta finales del siglo XVIII.

Fueron varias y vastas dependencias con las que operaba el conjunto conventual franciscano, espacios abiertos y huertas, que hicieron en ese momento el mejor conjunto conventual de la ciudad de Guadalajara, Jalisco, teniendo una superficie equivalente a siete manzanas y considerado en documentos de la época como el más importante de la Nueva Galicia, no solo en su estructura arquitectónica, sino en las valiosas obras que se incluían en su interior, creando una unidad armónica.

En este primer capítulo, se da cuenta de las principales acciones que ocasionaron mutilaciones, abandono y destrucción del diversas

secciones o espacios del conjunto, el proceso de venta que sufrió, que desembocó en el fraccionamiento y división de su superficie, para albergar viviendas e incluso a apertura de nuevas calles, particularmente las abiertas en los años cincuenta, por la ampliación de la Av. Corona, intervención urbana inadecuada que cambió para siempre al forma original del Conjunto conventual, dejando a su mínima expresión, dejando de lo que algunas vez fuera el mejor convento de la Nueva Galicia a solo: la iglesia principal, la capilla anexa de santo Cenáculo y la independiente de Aránzazu, quedo de lo demás casi nada, atentando contra un legado que es de todos, pues valorar lo producido a lo largo del devenir histórico da cuenta fiel, de lo que ha sucedido a través del tiempo y como esto queda materializado en la arquitectura religiosa jalisciense, la cual requiere de ser estudiada y documentada, para no solo dar fe del pasado glorioso, sino para sentar las bases de nuevos paradigmas de intervención y construcción de ciudades respetuosas del patrimonio edificado y de los sucesos históricos que los gestaron, pues pasado y presente van de la mano, para construir una mejor ciudad, que incluya los distintos momentos que dieron origen a los que somos hoy en día y de lo que podemos ser como sociedad.

Por su parte, en el capítulo segundo, titulado *El arte indígena en las cruces atriales del centro occidente de México*, realizado por el Dr. Alfonso Mier Bueno, aborda la importancia de las cruces atriales, como parte del trabajo indígena, como elementos evangelizadores que presentan un sincretismo total, siendo consideradas por el autor, elementos importantes para el desarrollo de la conquista evangelizadora. Los atrios al ser espacios abiertos de acceso público, contiguos a las iglesias, se emplearon como una extensión de esta, fueron además receptores de múltiples usos, considerándose hasta cierto punto antecesores de las capillas abiertas.

Las explanadas religiosas han sido y son, espacios que permitían la realización de diversas representaciones y danzas, que aleccionaban a los nuevos fieles, que al parecer acudían más por miedo a las represalias que por devoción, siendo entonces, los atrios espacios que

muchos de los casos aun celebran las festividades de las poblaciones en nuestro país.

El Dr. Mier, menciona en su capítulo, la importancia del grupo llamado de los Doce, encabezado por Fray Martín Valencia, fraile español, que tuvo como tarea en el año de 1524 realizar actividades evangelizadoras en la Nueva España, siendo dos integrantes, lo encargados de realizar dicha misión en Jalisco. Menciona, además, que las cruces atriales son una muestra de la extraordinaria escultura realizada en el siglo XVI, que incluía no solo cruces de formas simbólicas, sino que incluía la figura humana realista, incluyendo entre los motivos cristianos, símbolos ancestrales como signos de protección, prevaleciendo esta práctica hasta el siglo XVIII, -es importante mencionar que prevalecieron las cruces de piedra sobre las de madera por su durabilidad-, de acuerdo con Moreno Villa (1986) citado por el autor de este capítulo.

Mier Bueno hace en su estudio, especial mención del arte Tequitqui en las cruces atriales, voz náhuatl, que hace referencia a pagar tributo, que incluía, tanto visiones indígenas como novoespañolas, teniéndose como resultado un arte amalgamado con peculiar belleza y sincretismo, con la presencia de patrones y técnicas estilísticas empleadas en épocas previas a la conquista, siendo una nueva manifestación del mestizaje en México. Se incluyen varios ejemplos de cruces atriales de este estilo en nuestro país, y en el caso de Jalisco se incluye la cruz atrial de San Sebastián de Analco, en la ciudad de Guadalajara, y la ubicada en la Parroquia y Santuario de Santa Anita, en Tlaquepaque, Jalisco, como ejemplos locales de obra Tequitqui en esta Región.

Mientras que en el capítulo tercero, desarrollado por la Mtra. Gloria Aslida Thomas Gutiérrez, titulado *El convento de Capuchinas de Guadalajara*, se explica como la construcción de este tipo de edificaciones religiosas, no cumplía solo con la función de catequizar a las niñas y mujeres de este periodo histórico, sino que además tenía la función de proteger la integridad moral y física, para prepararlas para el matrimonio o seguir una vida en el noviciado.

En la ciudad de Guadalajara se construyeron cinco conventos, entre los cuales se encuentra el de las Capuchinas, quienes dentro de su filosofía debían constituirse como castas, obedientes y asumirse en la austeridad, recibiendo no solo a mujeres de poder económico sino abriendo sus puertas a familias de otras posiciones menos favorecidas. De acuerdo con Tomás, este convento es posible gracias al apoyo de Doña Ana María de Garcidíaz, autorizándose esta fundación por Carlos III en el año de 1761, obra que se materializará reflejando la austeridad que la orden franciscana requería, que había iniciado dos años antes, el cual fue finalizado gracias al apoyo de Don Fray Antonio Alcalde, creando un espacio en cuyos muros se llevaría una vida en la que prácticamente desaparecerían del mundo exterior, pues tendrían una cotidianidad llena de limitaciones y penurias materiales, por estos motivos eran consideradas como “descalzas”.

Este edificio albergó diversas funciones, ya que en dos momentos las monjas fueron exclaustradas (1863 y 1867), pues fue utilizado como cuartel, vecindad, prisión, tribunal militar y caballerizas, lo que de acuerdo con la autora provocó diversas modificaciones y en distintos momentos destrucción del complejo original, por fortuna las monjas pudieron regresar al convento en los años cincuenta y ahí permanecen hasta hoy en día. En los años noventa el H. Ayuntamiento de Guadalajara compró el inmueble, lo que permitió su restauración y una parte del mismo, se convirtió en el Museo de la Ciudad. Este capítulo, cierra con algunas reflexiones, que hacen hincapié en la transformación del Centro histórico de la ciudad de Guadalajara, la pérdida del patrimonio edificado y el riesgo que corre de perderse en las dinámicas sociales y económicas actuales, en las que pareciera que la historia y memoria de los barrios históricos se diluyera, por lo que considera que es de vital importancia que se tenga conocimiento de nuestro patrimonio edificado, para que esto permita su conservación y puesta en valor.

Para finalizar el Dr. David Zarate Weber, autor del capítulo cuatro de este libro, que denominó “*El ex convento de Nuestra Señora de Guadalupe en Sayula, Jalisco. Hipótesis a partir de algunos hallazgos*,”

esta investigación expone las problemáticas asociadas a la actividad sísmica de la zona, vinculadas a la actividad sísmica del volcán de Colima, siendo una zona relativamente cercana y con un suelo inestable, donde se construyó este convento, para tratar de contextualizar el motivo y sentido de las intervenciones realizadas en el conjunto conventual, que de acuerdo con el autor se construyó en un predio donde ya existía una capilla y se integra el nuevo proyecto en el año de 1784, y años más tarde en 1795 se construyen otras partes del conjunto, identifica en su estudio varias intervenciones en el mismo a partir de la identificación de al menos cuarenta y siete sismos documentados entre el siglo XVI y el XX.

Los movimientos sísmicos que impactaron en la estructura de Convento, ocasionaron diversos daños en la estructura, por lo que fue necesario realizar reparaciones de suma importancia para tratar de mantener el edificio en el mejor estado posible, esta investigación da cuenta de las principales intervenciones realizadas a través del tiempo e incluso aborda la construcción de un segundo convento entre 1784-1795, ya que de acuerdo con Zarate, este fue terminado en el año de 1705, bajo el seguimiento del P. Fray Mariano Martínez García, en el cual ha identificado al menos cinco etapas en su proceso de materialización, en esta investigación se identifican, documentan gráficamente y se presentan algunas de las principales intervenciones realizadas en el conjunto, para tratar de reforzar la estabilidad y capacidad de carga de este, además de que se identificaron superficies de techos que fueron objeto de sustitución de terrados por bóvedas de vigueta y ladrillo, a excepción de la Iglesia, la portería y el balcón anexo, además de que se explican las nuevas obras enfocadas en el crecimiento del conjunto.

Destacan dentro de los hallazgos la participación de destacados maestros, arquitectos e ingenieros de la época que fueron consultados para la realización y supervisión de las principales intervenciones encaminadas a la protección y restauración del conjunto conventual de este caso de estudio. En este sentido, consideramos con la aportación de este tipo de estudios, se puede tener más conciencia de la

importancia de preservar el patrimonio edificado, como reflejo de la evolución histórica que nos dio origen, procurando a través del conocimiento, apoyar e incentivar, la conservación y valoración de los conjuntos patrimoniales mexicanos.

El convento de San Francisco, un acercamiento a la historia de un edificio de Guadalajara

*José Alfredo Alcántar Gutiérrez.
Universidad de Guadalajara.*

Introducción.

Las diversas tentativas de la ubicación de Guadalajara manifiestan el desconocimiento del territorio y las heterogéneas adversidades a las que se tuvieron que enfrentar sus transeúntes habitantes; aspecto coincidente con las situaciones que también vivieron los frailes franciscanos hasta establecerse en su convento en el centro de la ciudad tapatía. La arquitectura y urbanismo son un importante testimonio del devenir histórico de su sociedad; los restos del convento de San Francisco son el resultado de un proceso que va desde la evangelización, hasta convertirse en el centro de la actividad social, gracias a los alcances logrados por su calidad artística barroca y su influencia

en la Nueva Galicia. Su iglesia y desaparecido convento, manifestó la imaginiería creativa de sus habitantes y la preocupación por integrarse con el paisaje urbano.

Las posteriores intervenciones manifiestan desafortunadas mutilaciones, agregados y transformaciones radicales, promovidas en un primer momento por las Leyes de Reforma, luego los ajustes a la moda neoclásica, los agregados del porfiriato, la vinculación casi directa del edificio con la estación del Ferrocarril; las afectaciones en el terremoto de principios del siglo xx en el que se desplomó la cubierta de la capilla del Santo Cenáculo; el incendio de 1936, la supuesta reintegración del claustro principal de los años 50 y finalmente las cuarteaduras provocadas recientemente por la tuneladora, para abrir socavones para la línea 3 de tren ligero; manifiestan en su conjunto un proceso cargado de altibajos, dejando solo restos del antiguo esplendor del edificio.

El devenir histórico del Convento de San Francisco:

El Occidente novohispano fue escenario de diversos criterios por ocupar el territorio, ya por cuestiones de seguridad para los hispanos, para facilitar el control regional o por la comunicación con puntos de interés comercial, producción agrícola y conexión con pueblos vecinos; un claro ejemplo de ese contexto es la fundación de Guadalajara en el Valle de Atemajac.

El 10 de marzo de 1530 el conquistador Nuño Beltrán de Guzmán se presentó en tierras fronterizas de Tonalá, la Reyna Cihualpilli solicitó a Coyotl, gobernador de Tlajomulco, el envío de una comitiva para recibir al castellano; Chetacotlpochen fue el guía, Totoch iba como capitán y Pitlalc, Copatzi y Pililí como acompañantes; llevaban como obsequios guajolotes, huevos, miel, aguacates y algunas frutas, para decirles que los esperaban con ánimo de paz en Tonalá. Una provo-

cación inesperada para los hispanos ocasionó un enfrentamiento en el Cerro de la Reyna el 24 de marzo, en el cual resultaron vencedores los peninsulares y se marcó la pauta para el sometimiento territorial a la corona española.¹

La región, para entonces recientemente conquistada por Nuño Beltrán de Guzmán estuvo atendida cristianamente por tres clérigos diocesanos: Bartolomé de Estrada, Alonso Gutiérrez y Miguel Lozano,² a los cuales correspondió bautizar a la Reyna Cihualpilli de Tonalá, a partir de aquel entonces nombrada Juana Bautista Danza, y su heredero, Xochitzin, como Santiago Vásquez Palacio; de igual manera fueron bautizados a otros principales de la provincia tonalteca.³

El 10 de abril de 1530 se edificaron en Tonalá dos templos temporales uno llamado Victoria de la Cruz y otro dedicado a Santa María, finalmente, se colocó una cruz de casi diecisiete metros de alto. Estos acontecimientos marcaron el punto de arranque de la presencia católica en la historia de la región.⁴

La conquista espiritual fue iniciada por los franciscanos desde 1524, la orden religiosa más numerosa para ese entonces y con gran prestigio al haber sido recientemente reformada bajo los criterios emanados del Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros y colaborar en la conversión de los musulmanes de Granada al credo católico; los cuales después de establecerse en la Ciudad de México, extendieron su evangelización hasta tierras occidentales. Martín de Jesús, Miguel de Bolonia y Juan Badiano llegaron en 1526 hasta Michoacán; los dos

1 Luis Pérez Verdía. *Historia Particular del Estado de Jalisco*, Vol I. Guadalajara: Grafica, 1952, pp. 60-63.

2 Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco. *Ruta Franciscana de Tzapopan*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, 2009, p. 19.

3 Luis Páez Brotschie. *Jalisco Historia Mínima*, Guadalajara: Talleres Fotolitográficos de Impre-Jal, 1985, p.40.

4 Luis Razo Zaragoza. *Crónicas de la Conquista del Nuevo Reyno de Galicia*, Guadalajara: Talleres Linotipográficos Vera, 1963, p. 249.

primeros recorrieron las costas de Colima y Jalisco, evangelizando a los pueblos con los que se iban encontrando.⁵

Fray Martín de Jesús y Miguel de Bolonia dirigieron sus correrías por Amacueca, Techaluta, Atoyac, Teocuitatlán y Zacoalco. En éste último pueblo se separaron, Fray Martín siguió por el Lago de Chapala, llegó a Cutzalan, pero finalmente se estableció en Ajijic, donde fundó un convento; Bolonia siguió por Cocula y Acatlán, donde sentó las bases de nuevas fundaciones religiosas.

El mismo año de la llegada de Beltrán de Guzmán al reino tonalteca, también se hizo presente en Tlajomulco el primer franciscano, se cree que fue fray Antonio de Segovia por las descripciones que de él hicieron los naturales.⁶ El referido religioso había arribado a Nueva España en 1525, en la segunda barcada proveniente de la recoleta provincia de La Concepción, cinco años después establecido en el pueblo tlajomulca, percibió el prestigio regional que el pueblo tenía, lo cual facilitaría el control, la hispanización regional,⁷ y la creación de un centro administrativo y religioso; sin embargo percibió una topografía poco adecuada para tal efecto, pues encapsulaba la comunicación por la presencia de cerros en el perímetro, razón por la que decidió buscar otra mejor alternativa, encontrándola en las planicies tonaltecas de Tetlán.⁸

Los mendicantes ya establecidos en su en el sitio, construyeron en 1530 una pequeña iglesia de tierra y zacate, el año siguiente tuvo forma un modesto establecimiento conventual, al contar con refectorio y cocina, contiguos a reducidas celdas, donde la premura por resolver

5 Jesús Jiménez. *Antiguo San Francisco*, en Ramón Mata Torres. *Iglesias y Edificios Antiguos de Guadalajara*: Litográfica Sally, 1982, p. 15.

6 Fray Antonio Tello. *Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Santiago de Xalisco*, México: Porrúa, 1997, pp. 121-122.

7 René García Castro. *Los pueblos de Indios en Gran Historia de México Ilustrada*, tomo II, Nueva España de 1521 a 1750, Mexico: CONACULTA-INAH, 2002, p.147

8 José Cornejo Franco, *La Calle de San Francisco*, México: [s.n.] 1945 p.73.

las necesidades evangélicas y la escasa disposición de especialistas en el ámbito constructivo, en conjunto con la vocación de pobreza de la orden,⁹ generó el primitivo convento titulado de La Asunción de Ntra. Señora, desde donde fray Antonio de Segovia junto y Miguel de Bolonia iniciaron sus labores evangélicas; luego otros compañeros se integraron a la misión: Juan de Padilla, Andrés de Córdoba y Juan de Badillo.

En 1540 el Virrey de Mendoza arribó a la región y ubicó a varios de los indígenas del Altiplano Central, nahuas y tlaxcaltecas, en un sitio estratégico de cruce de caminos, contiguo al arroyo de temporal luego conocido como del Arenal y con mantos friáticos de poca profundidad para abasto de agua y con ello condiciones favorables, para conformar el pueblo que fue denominado Mexicaltzingo.¹⁰

Por otra parte en el margen opuesto de la barranca del río Santiago el 28 de septiembre de 1541 los indígenas chichimecas atacaron la Guadalajara de Tlacotán por espacio de tres días, la plaza y calles de la población se vieron invadidas de cadáveres y heridos, Cristóbal de Oñate y sus estrategias militares finalmente hicieron retroceder a los atacantes bárbaros. Los hispanos consideraron necesaria la reubicación de la ciudad en un lugar más seguro, del costado opuesto de la barranca.¹¹

La disyuntiva sobre el lugar apropiado para la nueva fundación se hizo presente, se pensó en los llanos del Valle de Atemajac o en el de Toluquilla; Beatriz Hernández esposa de Juan Sánchez de Olea incentivó para tomar la determinación, se decidió que Juan del Camino recorriera la primera alternativa y Miguel de Ibarra la segunda; Se decidieron finalmente por Atemajac, al ser terreno más propicio para

9 Ramón Mata Torres. *Iglesias y Edificios Antiguos de Guadalajara*, Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara/Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara, 1984, p.2.

10 Arturo Chávez Hayhoe. *Guadalajara en el siglo XVI, primer tomo*, Guadalajara: Talleres fotolitográficos de Impre-Jal, 1991, p. 65.

11 *Ibidem.* p. 75.

la urbanización, al no ser cenagoso y que no se consideraba como propiedad de Nuño Beltrán de Guzmán.¹²

Venidos los transeúntes guadalajarenses, el 9 de octubre de 1541 se refugiaron en Tetlán bajo la tutela de los franciscanos, se hizo un empadronamiento y se mostraron peninsulares de diversos orígenes: extremeños, castellanos, vizcaínos, andaluces, montañeses y portugueses.¹³ Es de considerar que Nuño Beltrán de Guzmán, había estado en desacuerdo en cuanto a la ubicación de la ciudad en Tonalá, por lo tanto para evitar posibles complicaciones si regresara de España, se planeó la ubicación de la nueva ciudad y optaron por unos terrenos cercanos al recién conformado pueblo de Mexicaltzingo, a la vez que al margen poniente de un escurrimiento de agua proveniente de unos manantiales cercanos.

Consideraron que el valle reunía varios beneficios para los recién llegados, al poder resolver situaciones de ventaja, en dado caso de algún ataque indígena sorpresivo y de poder escapar con facilidad, además de resolver el abasto de agua y la posibilidad de jalar el río para la ciudad.¹⁴

La nueva ciudad en el sitio señalado, tendría una ubicación estratégica al ser punto de descanso del caminos entre la Ciudad de México y Compostela, asimismo punto de conexión con Colima; quedaba entonces Guadalajara en la intersección de tres caminos.

El prestigio de los religiosos franciscanos era medular para ese entonces, por otra parte apoyaron en momentos difíciles y sería de gran beneficio contar con su presencia en la nueva ciudad, atendiéndoles espiritual y sacramentalmente, muy posiblemente Beatriz Hernández, Miguel de Ibarra y demás representantes del grupo, pidieron a fray Antonio de Segovia, la reubicación conventual en la naciente

¹² *Ibidem.* p. 77.

¹³ Páez Brotchie. *op. cit.* pp. 77-78.

¹⁴ Chávez Hayhoe. *op. cit.* pp. 92-93.

ciudad. De manera que el establecimiento evangelizador daría más realce a la urbe, y tendría mayor factibilidad la irradiación misionera en la región.

Antonio de Segovia, Miguel de Bolonia y demás franciscanos, decidieron establecerse al oriente del pueblo de Mexicaltzingo, del otro lado del río (Analco) y de esa manera dar continuidad a su voto de pobreza, vivir entre los indígenas y estar pendientes de su atención espiritual; esto mientras los recién llegados peninsulares decidían la ubicación definitiva de la nueva ciudad.

Los franciscanos en Analco buscaron un terreno lo más plano posible para desplantar el nuevo edificio, las pendientes pronunciadas contiguas al afluente pluvial les hicieron retroceder al oriente hasta encontrar el sitio apropiado.¹⁵ Se hicieron acompañar de un grupo de indígenas, colaboradores en los quehaceres evangélicos de la zona y de la atención del nuevo establecimiento religioso, de tal manera que se eligieron a 500 indígenas cocas y tecuexes de Tetlán, de los más dóciles y mejor instruidos del pueblo, para apoyarles en la importante empresa.¹⁶

La nueva sede conventual, tuvo una orientación dirigida al poniente, como era la costumbre y probablemente fue dedicado a la Virgen de la Asunción. Los españoles con el afán de ubicarse en el sitio más adecuado de la zona, temporalmente se ubicaron también en el pueblo de Analco, como lo constata el Palacio de Oñate, originado en aquella época.¹⁷

Chávez Hayhoe cita a Mariano Bárcena en cuanto a la decisión de la ubicación inicial del centro de la ciudad, para tal efecto propusieron la que posteriormente fue la plazuela de san Fernando al frente del palacio de Oñate, contar en medio con el cauce del río, su relación

¹⁵ Mata Torres. *óp. cit.*, p. 12.

¹⁶ José Cornejo Franco, *op. cit.*, p. 50.

¹⁷ Pérez Verdía, *óp. cit.* p. 178.

directa con el establecimiento franciscano y fungir así como principal establecimiento religioso en la naciente ciudad.

La decisión anterior propició el establecimiento del convento franciscano en el margen poniente en 1543, sin perder de vista las ventajas que les eran favorables, tales como su cercanía al río, la atención ahora de los dos pueblos indígenas recién fundados y la vinculación directa con la plaza mayor; es decir una ubicación envidiable dentro de la estructura urbana.

La relación urbana duró muy poco, porque los peninsulares se decidieron por un terreno cercano al río, pero no en contacto directo con él y eligieron una explanada más al norponiente en el sitio que ocupa el Teatro Degollado actualmente.

La distribución urbana de la Nueva Ciudad se hizo de tal forma que las manzanas fueran en damero, con orientación norte-sur y oriente-poniente. Si bien la disposición coincide con los preceptos luego señalados también con las Leyes de Indias de Felipe II de 1573, reflejan el quehacer urbano heredado de la tradición romana y recapitulada durante el renacimiento.¹⁸ Se ubicaron los principales edificios en torno al espacio abierto; al norte se colocó un templo pequeño, elaborado en adobe y cubierta de paja, dedicado a San Miguel Arcángel y atendido por curas; las casas Consistoriales y la Audiencia. Alrededor de ellos siguieron los solares repartidos a los 63 vecinos, cuya disposición se ajustó a las jerarquías o la suerte de los conquistadores, hasta conformar doce manzanas.

La decisión final de ubicación de la ciudad, afectó la disposición contemplada para el convento franciscano al quedar ubicado entonces al sur, lo anterior propició que se pensara en una calle conectora entre el establecimiento religioso y la plaza mayor, la cual se ajustó a las

¹⁸ Eduardo López Moreno, *La Cuadrícula en el Desarrollo de la Ciudad Hispanoamericana*. Guadalajara, México, Universidad de Guadalajara-ITESO, Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2002, p. 21.

curvas de nivel contiguas al río, luego fue denominada de Ánimas y actualmente Degollado-Belén.

Los frailes en franciscanos atendieron la evangelización de todos los indígenas de la región y a los habitantes de la ciudad; en el primer caso tuvieron a su cargo los pueblos de Analco, Tetlán, Mexicaltzingo y varios de los pueblos pertenecientes a corregimientos indígenas de Tonalá, Tlajomulco, San Cristóbal de la Barranca, Zalatitán y San Pedro.

La llegada del clero secular en 1548, respaldó un cercenamiento de las funciones de atención religiosa franciscana, a partir de entonces los curas se desempeñaron en el templo de San Miguel y abarcaron la ciudad criolla hasta el margen del río San Juan de Dios. Dejó así la presencia indígena para la atención de los frailes seráficos.¹⁹

Los frailes habían recibido denuncias de prácticas idólatras en un frondoso mezquite, localizado en el sitio donde se ubica la fachada actual de la iglesia de San Francisco. Por lo anterior se hizo justificable la reubicación del templo seráfico; aunque para entonces la disposición era tener su portada al sur, para tener mayor comunicación con los pueblos de Analco y Mexicaltzingo.²⁰

Durante una buena parte del siglo XVI el San Francisco de Guadalajara, administraba toda la provincia de Tonalá, es decir su cabecera y sus antiguos pueblos tributarios, además de algunos otros de reciente creación por la política conquistadora de reagrupación: Tzalatitán, San Gaspar, San Martín, San Pedro, Tetlán, Santa Cruz, San Andrés, Huentitán, Santa Ana, Atemaxac, Tzoquipan, Ocotlán, Jocotán, Yztlán, Tequizistlán y el pueblo de Tlajomulco con sus co-

19 Alejandro Solís Matías. *Analco*, Guadalajara: UNED, 1986, p. 16.

20 Fray Luis del R. De Palacio, O.F.M. *Recopilación de noticias y datos que se relacionan con la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Zapopan y con su Colegio y Santuario*, T. I, Guadalajara: Talleres de la Universidad de Guadalajara, 1942, p. 87.

munidades tributarias; hasta que en 1551 se fundó en éste último una casa conventual.

La decisión de reubicación de sede episcopal de Compostela a Guadalajara, hizo contemplar la necesidad de una catedral contigua a una nueva plaza, acorde a la importancia de la sede obispal de la Nueva Galicia; se consideró un sitio dirigido más al poniente, lo cual abrió la posibilidad de repensar la ubicación del templo franciscano, aunado a que el terreno donde se localizaba entonces contaba con ojos de agua, era fangoso e insalubre, decidieron finalmente en 1554 ubicarse en una posición más seca y plana, en dirección al poniente.²¹

Se hizo necesaria la adquisición de los solares de la manzana destinada para el edificio catedralicio, para tal efecto se tuvieron que cubrir los costos correspondientes, a los recientes dueños y con ello disponer de la totalidad del bloque urbano para el nuevo edificio.

La colocación de la primera piedra de la Catedral de Guadalajara realizada el 31 de junio de 1560 y su conexión con la plaza Mayor al sur, generó una importante arteria urbana que permitió la directa conexión entre el edificio catedralicio y la ubicación del Convento de los seráficos hacia el sur, aunque para ese entonces la fachada posterior era la que desempeñaba la articulación correspondiente.

Durante los primeros años, la iglesia de San Francisco de Guadalajara fue elaborada con adobes, de muy buena calidad al combinar barro con piedra pómez y conformar con ellos bloques de generosas dimensiones. Su fachada estuvo dirigida al sur, era de planta basilical de tres naves y con ingresos laterales, uno dirigido hacia cada uno de los pueblos por ellos atendidos; sin embargo a petición de Diego de Colio y otros peninsulares de la ciudad, expusieron al Guardián fray Antonio de Segovia una mejor opción de entrada al templo por el lado opuesto y mirando a la urbe.²²

21 Universidad Autónoma de Guadalajara, *Catálogo del patrimonio cultural de Jalisco, Época Colonial, Tomo I Arquitectura*, Guadalajara: Folia Universitaria UAG, 1973, p.6.

22 *Ibidem.* p. 89

La cercanía de los franciscanos con los pueblos indígenas antes referidos dio origen a la conexión de Guadalajara con las dos vías más importantes de comunicación de lo que luego fue la capital neogalega; con el Camino a Cd. de México/ Real de Tierra Adentro, vinculado con Analco; y el Real a Colima con Mexicaltzingo. Situación propicia con vialidades adecuadas e infraestructura urbana necesaria para la comunicación fluida, hizo luego necesaria la construcción del puente de Oñate-Medrano sobre el río San Juan de Dios en el primer caso y luego la conformación del Puente de las Damas en el segundo.

La nueva disposición urbana del convento de San Francisco, le hizo ser el conjunto arquitectónico más complejo de la estructura urbana de la naciente ciudad, el cual demandó un proyecto urbano que involucró aspectos de grande superficie, al contar con iglesia, convento, huerta y terreno agrícola; además de considerar una morfología de ajuste urbano entre la retícula establecida y punto conector con el río, y los caminos reales a la capital novohispana y a Colima.

Las ventajas de Guadalajara fueron evidentes y detectadas para los inmigrantes ibéricos e indígenas, su relación con las minas y el efímero puerto de Navidad, además de la concentración de autoridades eclesiásticas y civiles, la convirtió en un polo atractivo. El número de vecinos fue en aumento, para 1575 ya había 60 familias y al finalizar el siglo ya se contaba con 173.

La organización territorial de los seráficos se basó en la creación superficies geográficas denominadas doctrinas, guardianías o prioratos, en algún pueblo de cabecera, de manera que la atención espiritual de sus habitantes era coordinada por un Guardián a quien le correspondía tomar las decisiones de los pueblos de visita que se les adjudicaron o que se ubicaban a una distancia relativamente cerca.

El establecimiento conventual fue el lugar de residencia comunitaria de los frailes, sus residentes eran dos, cuatro o más, según las

posibilidades lo permitieran, ya por la llegada de barcadas de misioneros o por la cantidad de comunidades a las que se debía de atender, de manera que debería de contar con suficientes celdas para el caso de sesiones capitulares y/o residencias más o menos permanentes que cubrían periodos mínimos de tres años.

Los conventos deberían estar con cierta cercanía unos de otros para generar correrías de comunicación con la sede Provincial o Custodia, para reunión anual de Capítulo, a donde acudirían los frailes de la región, cuyos traslados no deberían llevarles más de quince días, las vías más importantes eran dos, la del Camino Real a Colima y el de Compostela, zonas de mayor concentración poblacional y por ende fundaciones conventuales.

Ya para concluir el siglo XVI, el edificio importante también a nivel local, en donde el Padre Guardián, con el apoyo de sus subalternos, administraban también Analco, Mexicaltzingo, San Pedro, Toluquilla, San Sebastián, Santa María Tequepexpan, San Andrés, San Gaspar y Huentitán; los demás sitios cercanos, inicialmente atendidos por ellos, los había cedido al clero secular.²³

La presencia en 1580 de fray Juan López como guardián del convento, definió la promoción de una importante transformación arquitectónica, iniciada con la construcción de muros y pilastras perimetrales para un templo de tres naves, además de conformar un claustro amplio y con importantes dependencias conventuales, tales como dormitorios suficientes para diez novicios y seis frailes. Una muy amplia huerta donde se contaba con numerosos árboles frutales y espacio suficiente para el cultivo de legumbres.

Las referencias del padre Ponce en 1586, señalan que el edificio contaba con una espaciosa huerta que iba desde el convento hasta el

²³ Fray Antonio Tello. *Crónica Miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco. Libro IV*, Guadalajara: Editorial Font, 1945, pp. 5-9.

río; asimismo al ser casa para estudios superiores de filosofía y artes; demandaba celdas, biblioteca y salones para formación; además de contar con claustro, refectorio, sala de profundis, cocina, capilla doméstica y un amplio templo de adobe, el cual para 1611 todavía estaba en construcción pero ya lucía un altar dorado al estilo de la época, algunos años después el edificio estuvo concluido.

Las descripciones del primer cuarto del siglo XVII señalan que, la iglesia era de tres naves tipo basilical, con arquería, artesonado de madera y lacería, para ese tiempo era la más ornamentada de la ciudad. Sumaba diez altares dorados, el mayor muy aderezado con pinturas y esculturas.²⁴

La iglesia tuvo adosada una imponente torre, pero por los movimientos sísmicos y mala fabricación, se encontraba ya en malas condiciones; se hizo necesaria una reconstrucción en 1684, haciendo una más alta y robusta, la cual se conserva hasta la fecha. Fray Miguel de Aledo se decidió por transformar el edificio de planta basilical de tres naves a una sola, con cubiertas de bóveda.

Iniciado el siglo XVIII se hicieron adecuaciones y ampliaciones al convento por mediación de fray José de Orozco, además del embellecimiento del interior de la iglesia. Se le dotó de un excelente órgano, orgullo del establecimiento y envidia de las demás órdenes religiosas tapatías.²⁵

Las transformaciones de organización urbana y poblacional se notaron en 1667 al ser suprimidos los corregimientos de Analco y Mexicaltzingo, como pueblos independientes de indios y fueron incorporados a la estructura urbana de la ciudad de Guadalajara.²⁶

Hasta 1759 pertenecieron a la doctrina de San Francisco de Guadalajara los pueblos de San José de Analco, San Sebastián de Analco,

²⁴ Ramón Mata Torres, *op. cit.* p. 20.

²⁵ José Cornejo Franco, *op. cit.* p.

²⁶ Chavez Hayhoe. *op. cit.*, pp.96-97.

San Pedro, San Andrés, Santa María, Huentitán, Tetlán, Toluquilla y San Gaspar. Fue en ese año que se dio la orden por el obispo de Guadalajara, que se quitara la pila bautismal del convento franciscano y que se trasladara al pueblo de Analco, lo cual generó una disputa, unos señalaban que en San Sebastián y otros que en San José, finalmente quedó en este último, desde entonces fue conformado el curato de Analco.²⁷

El pueblo señalado siguió creciendo al ser el primer punto de contacto de comerciantes, arrieros e inmigrantes de la región centro, del bajío y lo que hoy conocemos como Altos de Jalisco, donde los recién llegados a la zona podían instalarse en mesones económicos y algunos advenedizos veían posibilidades de contar con terrenos agrícolas, solares económicos, etc., que hacían más factible su ubicación en el pueblo de Analco que en Guadalajara.

El caso de Mexicaltzingo pasó a la parroquia de Catedral y finalmente en 1789 se convirtió en curato, completamente independiente de la atención franciscana y al tener como límite territorial el cauce del Río San Juan de Dios. Historia casi semejante ocurrió con el curato de Analco, cuando en 1799 pasó a manos del clero secular y tuvo como límite también el cauce pluvial referido. Vecinos los curatos de Mexicaltzingo al sur y del Santuario de Guadalupe al norte.

El convento de San Francisco en su etapa de apogeo.

La disposición arquitectónica del conjunto conventual fue el resultado de un proceso que fue desde 1543 hasta fines del siglo XVIII, periodo de su mayor auge y calidad artística-arquitectónica, al contar con vastas dependencias construidas para su respectivo funcionamiento, espacios abiertos y huertas, que hicieron de él uno de los conjuntos conventuales de mayor importancia para la ciudad.

²⁷ Roberto Franco Fernández. *Monumentos Históricos y Artísticos de Jalisco, en El Folklore de Jalisco*, Guadalajara: Ediciones Kerigma, 1972, p. 25.

La superficie que cubrió el conjunto conventual fue el equivalente a siete manzanas, comenzando por el oriente con la porción vinculada con el río San Juan de Dios, hasta concluir en la antigua Plaza de la Aduana, al sur con la calle actual de Libertad, al norte con la de San Antonio.

Las intervenciones realizadas por Fray Lorenzo Gill de Sobrabe y hasta 1692 cuando fungió como padre Provincial Fray Antonio de Avellaneda, son las que dieron la fisonomía definitiva al conjunto conventual, por mediación del maestro Mateo Núñez, quien ya había dirigido Santa Teresa y cuenta con detalles semejantes.

Una descripción de 1742, señaló que el convento franciscano era el más imponente de la Nueva Galicia, su monumental torre consta de 16 arcos, ocho por cuerpo, el inferior es cuadrado y el superior octagonal con pilastras en sus ángulos, sobre ella una balaustrada de recorte sobre un podio con almohadillado, sobre el cornisamento descansan almenas en forma de globo.

La torre además de desempeñar funciones operativas de llamado a misa, actividades relacionadas con la liturgia o celebraciones religiosas especiales durante el año; fue también uno de los elementos arquitectónicos o hitos urbanos más importantes al ser percibida su imagen desde gran distancia, ya como remate de la calle o arribo de las dos arterias conectoras de la ciudad ya con el centro del virreinato o con la costa.

Una espectacular fachada ornamentada por entorchadas pilastras de ocho vueltas y se muestran casi independientes del paramento, dividen tres calles, la central contenedora del acceso principal en primer cuerpo. En el segundo cuerpo se ubica la ventana coral con el escudo de las armas reales del águila de los Habsburgo a sus pies, para luego ser substituida por el escudo nacional.

Un remate semicircular moldurado ostenta en su interior un nicho delimitado por columnas entorchadas, expone la imagen de la Purísima Concepción, patrona de la orden seráfica, los perímetros invadidos de hojarascas que recuerdan a la iglesia de Santa Teresa; el extradós del referido copete sostiene una cruz de Jerusalén. Los nichos estuvieron destinados para esculturas barrocas. En el primer cuerpo se ubica San Buenaventura y San Antonio de Padua, en el segundo San Francisco y Santo Domingo de Guzmán.

El interior del templo fue espectacular, contó con oleos pintados por un indígena de nombre Rafael, los copetes de los dos primeros retablos laterales, junto al altar mayor, estuvieron dedicados a San José y Ntra. Sra. de los Ángeles, los cuales en la bóveda casi se juntaban. Los referidos retablos estuvieron recubiertos con lámina de oro, esculturas y pinturas con diferentes temáticas y atributos, estuvieron diseminadas en las diversas composiciones localizadas a lo largo de la nave y en el altar mayor; en éste último destacaba la presencia de un exquisito sagrario de plata.

Los tramos de la nave están referidos por arcos formeros y fajones de medio punto, los primeros integrados al muro perimetral con friso y cornisa, sobre la cual se ubican lunetos contenedores de ventanas rectangulares. Los arcos torales eran el apoyo de las pechinas que sostenían el tambor de la cúpula.

El espacio de la iglesia se compuso de seis tramos, incluido el espacio cubierto por la cúpula y el presbiterio, es decir desde el sotocoro hasta el muro testero. El criterio espacial va de menos a más, hasta alcanzar la altura de la cúpula, espacio conector entre el mundo terrenal y espiritual. A la vez que fue el punto donde los contrastes entre luces y sombras tienen un mayor impacto en el altar mayor.

La cúpula contigua al presbiterio, sostenida por un tambor octagonal con sus respectivas ocho ventanas de arco rebajado, delimitadas

por pilastras, tanto en el interior como exterior, sobre los vanos se expone friso y cornisa. En la parte superior se encuentra un disco luminoso, alimentado por una esbelta linternilla rematada con cupulín. El referido tambor descansa sobre monumentales pechinas contenedoras en su interior de oleos con la presencia de los cuatro evangelistas.

La cubierta del presbiterio es impactante su intradós expone esa filigrana nervada en forma de estrellas de David, provocan formas de casetones pentagonales, evocativas de diseño morisco, parecido al de San Francisco de Valladolid hoy Morelia.

El coro es de los más espaciosos de la ciudad, con doble sillería, elaborada en cedro bruñido; los muros perimetrales estuvieron ornamentados con monumentales pinturas al óleo con marcos dorados. El piso contó con recubrimiento de azulejos y al centro un monumental facistol de carei. Contiguo al coro se ubicaron dos tribunas, una a cada lado para sostén de órganos para deleite de espectaculares melodías sacras.²⁸

El claustro era espacioso con cinco arcos de medio punto por lienzo, descansando en pilares cuadrados los contiguos al patio, y pilastras o pinjantes, los vinculados con la iglesia y demás dependencias; balaustradas caladas protegían la circulación perimetral y daban sensación de ligereza al espacio.

El conjunto conventual estuvo conformado por varias dependencias, al igual como muchos otros establecimientos religiosos seráficos de la época; su ingreso era definido por una portería, adjunta a la capilla del Santo Sepulcro, contiguo a salones de formación, donde recibían desde estudios básicos, hasta mayores (gramática, filosofía, teología) y de lengua mexicana. El claustro procesional además

²⁸ *Op. cit.* Ramón Mata Torres, p. 23.

de espacioso y fungir como receptáculo de luz y ventilación, estuvo adornado con lienzos que representaban la vida del Santo seráfico.

El referido espacio claustral vinculaba con la celda guardiana, refectorio, sala de profundis, cocina y despensa; en planta alta celdas para residentes, noviciado, capilla de doméstica y otro espacio posterior a la iglesia, destinado a sacristía y celdas para visitantes. Los corredores contaron con arquerías miradores, los cuales dieron unidad arquitectónica al perímetro del edificio y dar cabida a un número cercano a cien celdas, distribuidas para sacerdotes y padres maestros para coristas, profesos novicios y postulantes, los cuales reciben estudios de artes, teología y gramática.

El refectorio era espacioso, algo bajo porque arriba tenía la enfermería; al igual que el de profundis o anterrefectorio. Las escaleras muy amplias, la principal remataba en un repartidor que llamaban salón de los Ángeles. Y comunicaba con el noviciado, librería y departamento o dormitorio de los padres. Las celdas de los sacerdotes miraban al poniente y tenían miradores o corredorcitos que caían al huertecillo de la sacristía.

La biblioteca llamada librería en su tiempo, contó con varios tomos carta cuenta que relataban la historia del edificio y otros destinados a la formación de los novicios y coristas. La mayoría sucumbió durante la guerra de los tres años, al ser utilizados para trincheras o simplemente arrojados a la presa del Agua Azul.²⁹

Un amplio atrio que funciona también como cementerio, en cuyos ángulos del margen norte se localizan la capilla de San Antonio de Padua y la de San Roque/Tercera Orden, además de otras integradas al templo como la del Santo Sepulcro y la del Santo Cenáculo. Independiente la del poniente dedicada a Ntra. Sra. de Aranzazú, sumando un total de siete a las que tenían acceso los feligreses, puesto que

²⁹ José Cornejo Franco, *op. cit.* P. 90.

en planta alta se ubicaba la del noviciado, para servicio interno del convento. Este sembradío de capillas evoca al San Francisco Grande de México, el cual contó con número semejante.

La capilla del Santo Sepulcro era atendida por los indígenas de Analco; sobre ella se ubicó la del noviciado. Se conformó por dos bóvedas y era la última estación del viacrucis, donde se veneraba el Santo Entierro y la Soledad. Era de proporciones achaparradas, su ingreso con arco de medio punto. Sus interiores con dos bóvedas. Sobre ella la capilla del noviciado, su altar era presidido por la virgen Dolorosa, ahora expuesta en Aranzazú; contó con arco de ingreso y su respectiva espadaña. En opinión del padre Palacio, pudo haber fungido en su momento como capilla abierta.³⁰

Estuvieron presentes dos pequeñas iglesias en los límites del norte del atrio, la de San Antonio de Padua fue atendida por los mulatos y los costos del culto, su techo era de viga labrada de madera y terrado; torre de un solo cuerpo y casa anexa para el sacristán. La capilla de San Roque estuvo atendida por los Terciarios, orientada al sol naciente, elaborada toda en cantera, de una nave con cinco tramos de bóveda; espadaña con dos campanas y esquila, su fachada con pilastras y esculturas semejantes a la de la iglesia grande; el interior ostentaba retablos y la una imagen de la Virgen de Guadalupe como tutelar de los mercaderes terciarios. Contigua a la capilla estuvo la casa del padre comisario de los terciarios.

La capilla de Aranzazú, el culto a Ntra. Sra. en esa advocación se inició por los vascos en 1686, presente también ciudad de México, Sombrerete, San Luis Potosí y Guadalajara. Originalmente tuvo su capilla a un costado del templo del Pilar, hasta que a mediados del siglo XVIII se elaboró la correspondiente en el atrio de San Francisco y terminada en 1752, con muros de mampostería, espadaña y nicho

³⁰ Ídem p. 92.

para Ntra. Sra. en cantera, el interior se cubrió con cuatro bóvedas de crucería simulada. Tres retablos ornan su interior, el mayor con cuatro arcángeles, al centro la virgen de Aranzazú custodiada por sus padres: Sra. Santa Ana y Sr. San Joaquín. El lateral poniente dedicado a Sr. San José, acompañado de tres santos hispanos: San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Ávila y San Francisco Javier.

El atrio era delimitado por un muro con arcos invertidos, con moldura tosca en cuyas cúspides se ubicaban esculturas de santos franciscanos y teniendo como ingreso y conexión con la calle principal un monumental arco triunfal con la inscripción “esta es la casa del señor tu Dios”, rematada con la imagen de la Purísima Concepción, a cuyos costados se ubicaban otras de San Francisco y San Antonio de Padua. El interior del atrio estuvo perfilado por capillitas del viacrucis, elaboradas en piedra.

La espiritualidad barroca se volcó hasta los últimos rincones de los espacios del conjunto conventual, tanto interiores como exteriores; los feligreses y religiosos, se veían obligados a pensar constantemente en vidas de mártires, recurrentes celebraciones religiosas del calendario ritual y del santoral.

La sociedad novogalaica del siglo XVIII era conducida por el clero, la cual experimentó una conducta de sometimiento ante un inminente escenario barroco, sensibilizándola y obligándola a cumplir los mandamientos sino directamente, al menos en apariencia, para con ello estar esperanzados por alcanzar la Gloria Eterna en la otra vida.

La operatividad al interior del convento, se veía impregnada de actividades relacionadas con la formación para los estudiantes se-ráficos; además de las propias de la orden religiosa, iniciadas por del Ritual Divino, entorno al coro y claustro bajo; ya con laudes, vísperas y completas; aparte de las oraciones previas al consumo de los alimentos en la sala de profundis, además de las celebraciones

sacramentales en la iglesia y las numerosas capillas. Prácticamente los seráficos dedicaron largas horas del día a actividades religiosas, tanto al interior como en conexión con la comunidad.

Los cambios de posturas filosóficas, políticas y gubernamentales, propiciaron la visualización de modernidad, acorde a los principios respaldados por el academicismo, el cual estuvo en pugna declarada contra el barroco. De esa manera en 1808 los retablos dorados del templo franciscano empezaron a retirarse y sustituidos finalmente en 1825 por otros de estilo neoclásico.



Reconstrucción hipotética del convento de San Francisco. Elaboró José Alfredo Alcántar Gutiérrez/Óscar Alfonso de La Cruz

Los retablos neoclásicos.

La imagen expuesta del interior de la iglesia franciscana fue sin duda armónica, fue capaz de integrar una estructura colonial con vocación barroca a la moda clásica del siglo XIX. Tanto el altar mayor como los laterales convivieron integralmente, provocando una imagen de unidad.

El altar mayor se conformó por dos cuerpos, en el primero dos puertas coincidentes con los nichos superiores, estuvieron delimitadas por amplios zócalos sobre los que se desplantaban monumentales columnas corintias de fuste liso, sobre las cuales existió un sobrio arquitrabe con remate moldurado, ambos sostenían un copete semicircular acasetonado a la usanza clásica y ajustado al muro testero. La calle central mostraba un ciprés para el Sagrario y arriba un nicho rectangular para una imagen exenta.

Los altares laterales encajaban armónicamente en el intradós de los arcos formeros embebidos en el muro, columnas de orden corintio equivalentes a las del altar mayor, enmarcaban nichos y vitrinas para imágenes seráficas; sobre ellas corrían clásicos arquitrabes moldurados en su exterior, sosteniendo triunfos a los costados e imágenes de bulto en el centro enmarcadas con los límites circulares ya mencionados, a manera de copete.

El coro se extendía con tribunas para sostener dos órganos, uno a cada costado, integrados entre sí por una balaustrada continua, que armonizaba de manera plena con la ornamentación interior. Un desafortunado incendio el 16 de abril de 1936, destruyó por completo las estructuras neoclásicas que estuvieron integradas a los paramentos perimetrales del interior de la iglesia.

La etapa de destrucción y actualidad.

Los conflictos políticos independentistas, las luchas internacionales de México con países del extranjero, ocasionaron que el establecimiento franciscano fungiera como fortaleza propiciando severo deterioro, aparte del tiro de gracia que sufrió en 1860 con la exclaustación, cuando sufrió mutilaciones, abandono y destrucción.

Después de 1861 se destruyeron las capillas de San Antonio, San Roque y la barda atrial con el respectivo viacrucis. Los escombros

no fueron retirados sino hasta 1865, para poner en su sitio un jardín hermo­seado con el monumento a Ramón Corona, luego reubicado a la Calzada Independencia.

El convento fue vendido y fraccionado, al igual que la huerta. Se desempeñaron diversas funciones en su interior, desde cárcel de mujeres, cuartel y caballerizas, además de almacén para pastura y guarniciones militares.

La *pax social* del porfiriato ocasionó la ocupación de varios de los espacios del antiguo convento para destinarlos a residencias ecléc­ticas, apertura de nuevas calles y dependencias relacionadas con la estación del Ferrocarril; lo cual ocasionó una circulación bulliciosa entorno al edificio, ya para entonces relacionada con actividades aje­nas a la original, de tipo religioso exclusivamente.

La nueva imagen expuesta por la iglesia franciscana, después del incendio del 1936, ya señalado, revaloró las aportaciones coloniales y las integró al nuevo proyecto. El altar mayor se conforma por tres cuerpos e igual número de calles, el primero expone columnas tri­tóstilas de orden jónico, las de la central son pareadas y sostienen un frontón triangular muy compacto.

El segundo cuerpo muestra columnas también tritóstilas pero de fuste helicoidal, con capiteles corintios, siguen la misma estructu­ra de apoyos que la inferior. Las calles laterales concluyen en unos semicopetes con el escudo heráldico franciscano a la izquierda y do­minico a la derecha. La calle central se extiende hasta conformar un tercer cuerpo con hornacina y modillones laterales, rematada con un frontón semicircular en cuyo interior se ubica un escudo con cinco llagas de la orden seráfica.

Los años 50 no podían haber dejado de largo al San Francisco, la ampliación de la Avenida Corona, motivo a que el Arq. Ignacio Díaz Morales echara por el piso residencias y comercios porfirianos, para

supuestamente rescatar el espacio que en su momento fuera el claustro principal, lo cual no resultó ser más que un remedo mal logrado, además de haber demolido restos de la original portería conventual.

En años recientes la tuneladora abrió cavernas contiguas a la iglesia de San Francisco para dar continuidad a la Línea 3 del Tren Ligero, ocasionando severos daños a su estructura, concretamente una cuarteadura longitudinal que corre por todo el centro de la nave del templo, recientemente reforzada por unos tensores que si bien afectan la imagen interior del edificio, de alguna manera garantizan su estabilidad estructural.

Algunas ventanas arqueológicas, promovidas por el INAH, permiten en la actualidad ver los cimientos de las antiguas capillas de San Antonio y San Roque/Tercera Orden, dando testimonio de sus límites, materiales y acabados.

Conclusiones

El recorrido histórico del asentamiento de franciscanos e indígenas cocas, traídos desde Tetlán a Analco responde a incógnitas que permiten entender la ubicación de Guadalajara en el sitio que tiene y su importante relación con el último referido.

Ningún convento tapatío tuvo la relevancia como fue el caso del de San Francisco, su conexión con calles principales, caminos, puentes y garitas, sólo pueden entenderse bajo la conexión este edificio con los pueblos de indios promovidos por la Corona y los religiosos. Su vinculación, demanda de mano de obra, relaciones comerciales, de atención religiosa, de sometimiento y demás factores; determinaron la materialización de un bagaje cultural expresado a través del convento franciscano.

El recorrido histórico y arquitectónico mostrado aquí, permite valorar la relevancia de quizás el más importante convento que exis-

tió en Guadalajara, revisamos su etapa de apogeo, con una inusual extensión y su cuantiosa cantidad de dependencias internas, capillas y espacios abiertos, donde la religiosidad barroca se volcó en un espléndido escenario.

Las desafortunadas políticas anticlericales de mediados del siglo XIX, afectaron severamente la estructura del edificio, nuevas calles y demoliciones, le hicieron quedar reducida a su más mínima expresión. Conservando solo la iglesia principal, la capilla anexa del Santo Cenáculo y la independiente de Aranzazú.

De todo lo demás prácticamente ya no queda casi nada. Sus restos arquitectónicos requieren de respeto y atención, si bien es cierto el pasado parece haberse ensañado con el edificio, nuestra generación no puede presumir mucho con las afectaciones recientes de que ha sido objeto.

El edificio en cuestión es un importante documento histórico a través del cual podemos entender los procesos y etapas por las que ha pasado la ciudad, desde sus orígenes evangelizadores, apogeo barroco, afectaciones reformistas, cambios de uso durante el porfiriato, afectaciones telúricas, incendios y readecuaciones actuales.

Con todo y ello, este recorrido histórico, nos permitió valorizarlo y entender con su presencia el devenir histórico de la ciudad tapatía, nos corresponde por lo tanto promover su preservación para el fortalecimiento de la identidad de Guadalajara y su región.

El arte indígena en las cruces atriales del centro occidente de México

Alfonso Mier Bueno

«lo indígena fue perseguido y erradicado para seguir existiendo de múltiples formas en la nueva sociedad».

Pablo Escalante Gonzalbo

Nota del autor: Este trabajo sobre cruces atriales ha sido realizado de manera integral; las cruces atriales como elemento central, más no aislado, sino enmarcado por los sitios de ubicación, su función, orígenes, quienes las edificaron, así como los espacios que las enmarcaron, y la descripción de las creaciones de arte que las constituye.

De todas las artes que florecían en México, a la llegada de los españoles, la escultura era la que había alcanzado un grado de mayor perfeccionamiento, Toussaint (1990). Muestra de ello son las cruces atriales que se erigieron especialmente en el siglo XVI, y que fueron ejemplo de la interesante mezcla entre lo pagano y lo cristiano. Piedra labrada que en su superficie expresa, en sincretismo total, la otra conquista: la del evangelio.

Las cruces atriales, esculturas de crucifijo ubicadas en los atrios, fueron construidas como parte de la labor evangelizadora de los frailes mendicantes. Fueron cruces erigidas en el centro de los atrios de las iglesias, que señalaron, en un principio, los centros de las poblaciones, lugares entre el eje longitudinal y transversal de los poblados. Pero, más allá de eso, las cruces atriales hablan de la evangelización con la bella palabra del arte indígena en piedra.

Y para adentrarnos en este breve estudio, debemos conocer un poco más sobre lo que rodea a las cruces atriales: la escultura indígena, los atrios, las capillas abiertas, y, desde luego, el arte tequitqui, elementos todos que confluyen y enmarcan la importancia de las cruces atriales; cruces de enorme belleza que han sido un poco olvidadas y que se pretende sean mejor apreciadas.

Los atrios

Para conocer con mayor precisión el simbolismo de las cruces atriales veamos la importancia que los atrios tienen en las construcciones religiosas, especialmente del siglo XVI.

Para la Real Academia Española (3ª. Edición), atrio viene del latín *atrium*, que era el patio de algunos templos romanos y aún de las villas romanas. Más tarde y luego de su evolución, ya en la época medieval fueron así llamados los patios porticados que precedían la entrada de un edificio. Una característica que los define es que son espacios de acceso libre a cualquier persona.

Ricard (2014) describe el atrio de la siguiente manera: «A semejanza de las ciudades españolas, cuyo centro orgánico es la plaza, las poblaciones mexicanas tenían una amplia plaza central, en torno de la cual se levantaban templos y edificios que llamaríamos municipales. Esto explica que los misioneros españoles al ir fundando poblaciones, respetaran sin dificultad esta tradición tan similar a la de su patria.»

Como lo expresa Espinoza Espínola (2001), el atrio resultó una construcción necesaria para evangelizar a una enorme cantidad de indígenas, a partir de 1521. Es en esta situación que los frailes mendicantes vieron a los atrios como extensión de la nave, siendo así utilizados junto a las capillas abiertas. Estas capillas abiertas, entre el atrio y la iglesia, nacieron de la necesidad de proteger a los frailes del rigor de la intemperie, lo que hizo que a los atrios se los uniera a una extensión de techo del edificio principal, sin que por ello se perdiera su función de espacio abierto, siempre con su cruz en el centro. Estos atrios y luego las capillas abiertas, fueron fundamentales para la evangelización, sin embargo, no se limitó su función a ello, sino que se abrieron para la enseñanza de artes y oficios a los indígenas, amén de ser sitios para las representaciones teatrales de autos con temas religiosos que a los indígenas atraían sobremanera. Otra de sus funciones fue su posibilidad de ser utilizados como defensa ante los embates de indígenas que se rebelaban ya que cuenta con un muro perimetral que cierra el espacio.

El atrio como espacio abierto integrado al templo, si bien ayudó en mucho a la difícil tarea de los frailes, no solucionó todas sus necesidades para realizar su labor, puesto que, de acuerdo con Ricard (2019): «la misa, de manera ordinaria, los divinos oficios, la administración de los sacramentos en su mayoría, sólo podían celebrarse al abrigo del templo. Entonces, una segunda creación vino a completar la del atrio; hablamos de las capillas abiertas.»

Las capillas abiertas, representan, de acuerdo con Toussaint (1990), «La única analogía posible entre el templo cristiano y el teocali indígena». En ambos casos la religión se practicaba al aire libre. Al inicio, frailes católicos y población estaban sin techo, más adelante, cuando la misión tuvo que realizarse de manera continua en cualquier clima, se construyeron un tipo de alerones adosados a la edificación que protegieron a los frailes y personas importantes, dejando a los demás a la intemperie. Un ejemplo arquetípico es el caso de la capilla abierta en la iglesia de San Francisco, en el poblado de Tzintzuntzan, Michoacán.



El Templo de Santa Ana, fundada en 1526, fue el primer convento franciscano de la región. Consta de varios templos y espacios: el templo de San Francisco, el Templo de la Soledad, y el atrio con sus olivos. Junto a su atrio se construyó la capilla abierta de San Camilo.¹

¹ Encontrado en: <https://pueblosmagicos.mexicodesconocido.com.mx/michoacan/tzintzuntzanmichoacan/attractivo/convento-de-santa-ana>

Las capillas abiertas fueron la solución que los frailes encontraron para evangelizar al grueso poblacional de nativos, quienes en gran número acudían, no porque estuvieran convencidos por la nueva fe, sino como una posible protección contra la crueldad de los encomenderos.

Estas capillas pueden verse en cuatro tipos distintos: un presbiterio que se abre por un solo arco visible desde el gran atrio, como el convento agustino de Actopan, o la de Tlahuelilpan, en Hidalgo que, además, sobresale por su decoración estilo mudéjar portugués, y porque se encuentra en la parte alta. Otra forma de capilla abierta es la que consta de una o varias naves, como es el caso de la capilla del Hospital de los Indios de Tzintzunzan. Un tercer tipo de capillas abiertas lo constituyen las que tiene numerosas naves paralelas, que recuerdan a las mezquitas musulmanas. Y es posible que haya existido una semejante anexa al hospital de los franciscanos² en Etzatlán, Jalisco, ya que se conservan columnas paralelas de arcos bajos que, según Toussaint (1990) se aprovecharon para construir un templo cerrado.

Los atrios son espacios que rodean, y parecen abrazar a la cruz central. Y estos sitios arropados y al mismo tiempo públicos, fueron el marco perfecto para representaciones, ya de danza, ya con escenificaciones, que los frailes organizaban para lograr la mejor comprensión de la nueva doctrina entre la población indígena. Aún hoy muchas iglesias siguen siendo el sitio central de las festividades de las poblaciones. Espinosa Espínola (2001).

Y estas construcciones que nos ocupan, fueron realizadas por los franciscanos que llegaron a evangelizar la Nueva España, en este caso, se hace hincapié en quienes llegaron hasta la región de Jalisco: «tan al principio como el año de 1526, cinco años tan solo habían pasado, del desplome de la gran Tenochtitlán».

² Fue en mayo de 1524 cuando la primera misión franciscana llegó a México. Fueron doce los frailes que desembarcaron, recibiendo el sobrenombre de los Apóstoles.

Así, conociendo la necesidad que los frailes tenían de evangelizar a la población, les era imperativo que toda acción realizada estuviera bajo el auspicio de la cruz; motivo suficiente, que no el único, para la construcción de atrios y, claro, de las cruces atriales.

Fue el grupo llamado de los Doce, emulando a los Doce Apóstoles, quienes arribaron a la Nueva España el 13 de mayo de 1524. Y tan pronto llegaron, comenzó su tarea evangelizadora, para lo que requirieron la construcción de templos, atrios y cruces atriales. Al frente del grupo de los Doce, estaba fray Martín de Valencia, quien fue el encargado de elegir al grupo de estos frailes en España. Los elegidos fueron, además de Valencia, Francisco de Soto, Marín de Jesús o de la Coruña, Juan Suárez, Antonio de Ciudad Rodrigo, Toribio de Benavente (Motolinía), García de Cisneros, Luis de Fuensalida, Juan de Ribas, Francisco Jiménez, y los frailes laicos Andrés de Córdoba y Juan de Palos. Azulejo ubicado en las afueras del convento franciscano de Belvis de Monroy, Cáceres que reproduce un mural del siglo XVI, que se encuentra en la sala capitular del convento franciscano de Huejotzingo (Ver imagen 2)

De los Doce Franciscanos, dos iniciaron la evangelización en Jalisco, y llegaron por el sur, fray Martín de Jesús (o de la Coruña), y fray Andrés de Córdoba, «los dos eran de la famosa misión de los Doce Apóstoles³: «Este pequeño grupo de franciscanos penetra hasta Tamazula y ahí establecen la primera doctrina». (Jiménez, J. 1978).

3 El nombre les fue dado por su entrega y compromiso para con la evangelización.



Antiguo azulejo en España, fuera del convento franciscano de en Cáceres. Presenta la imagen de los Doce Apóstoles de la misión evangelizadora en la Nueva España en El Oficio de historiador, de José Félix Zabala.

Y es posible imaginarse en una de estas capillas abiertas, con sus cruces atriales como vigilantes pétreos, escuchando los sentidos sermones que alguno de los llamados Doce y que conocemos en parte, gracias a Fray Bernardino de Sahagún:

«Sus imágenes y estatuas son espantables, sucias y negras y hediondas», y prosigue; «el verdadero Dios y universal Señor, criador y dador de vida y ser que os venimos a predicar no es de la condición de vuestros dioses, no es engañador, ni mentiroso, no aborrece ni desprecia a nadie, ninguna cosa mala ay en él; en gran manera aborrece todo lo malo y veda y prohíbe porque él es perfectamente bueno, es abismo de todos los bienes, es sumamente

amoroso, piadoso, misericordioso.» Bernardino de Sahagún, en Ricard (2014) y agrega: «tal es el escrito de Fray Bernardino de Sahagún conocido con el nombre de *Pláticas*⁴, que el padre Pascual Saura descubrió en el Archivo Secreto del Vaticano, y el padre Por y Martí dio a luz pública en 1924».⁵

Estos sermones y la preparación catequística sucedían en los atrios de las incipientes iglesias, las que, en un inicio, eran pequeñas y de adobe. Es Ricard (2014) quien nos muestra uno de los principales usos de los atrios: «sin descuidar la instrucción religiosa de los adultos, los franciscanos tuvieron el principal empeño en la de los niños. Acostumbraban a dividirlos en dos categorías: los niños de la «gente baja» reunidos cada mañana después de misa en los atrios de los templos y repartidos en diversos grupos, conforme a sus grados de conocimiento del catecismo, y proseguían el aprendizaje de este junto con las oraciones principales.»

Y, las jóvenes: «mostraban casi tanto celo como los mancebos. Las que habían sido criadas en las escuelas que para ellas se abrieron, cuando salían del internado, es decir a los doce años, se daban a la enseñanza del catecismo. Algunas no esperaban a haber terminado de educación y salían de tiempo en tiempo a enseñar la doctrina en los atrios.»

Como ya se había mencionado párrafos arriba, otro importante uso de los atrios fue el de defensa contra los ataques de indios rebe-

⁴ En 1578, fray Bernardino de Sahagún obtuvo la licencia para publicar los *Colloquios de los doce*, obra preparada en 1564 y en la que se recreaban a la manera de un diálogo didáctico las supuestas conversaciones que sostuvieron los doce primeros franciscanos con varios sacerdotes indígenas

⁵ Bernardino de Sahagún. *Pláticas*, Pascual Saura descubrió este documento en el Archivo Secreto del Vaticano, y fue el padre Por y Martí quien lo dio a luz pública, en 1924».

lados, como lo exponen las instrucciones que los Virreyes de la Nueva España dejaron a sus sucesores, como bien expresa Ricard (2014):

«Y si muchos de esos conventos nos parecen pequeños para el caso de contener en su seno a todos los españoles del pueblo, supuesta una rebelión, no debemos olvidar que tenían un recinto en torno suyo, amurallado también: el atrio con sus altos muros. Este atrio podía, llegado el caso, albergar con gran seguridad a las familias españolas y a sus animales domésticos, así como los víveres y objetos indispensables para una resistencia.»

Una de las actividades más interesantes, son las que fueron desarrolladas en los atrios, expresa Ricard (2014), las representaciones de autos sacramentales⁶ y pequeñas obras de teatro con que los misioneros atraían y convencían a los indígenas, con cuadros explicativos de los principales temas de la doctrina cristiana. «El fray Andrés de Olmos famoso poliglota escribió un auto cuyo título es «El Juicio Final». Este fue representado en la ya citada capilla de San José de los Naturales, ante el Virrey de Mendoza». Y «dándole crédito a Las Casas, los actores y representantes indios que tomaron parte era ochocientos e hicieron su papel a las mil maravillas». Y esta actividad se repetía en todas las demás misiones de la Nueva España. (Ricard, 2014)

La escultura y el arte indígena en las cruces atriales

A la llegada de los españoles, la escultura en piedra manifestada en estatuas o relieves había llegado a una perfección técnica muy notable, tanto es así que no carecía de belleza. Es Toussaint (1990), quien señala que de la escultura decorativa en piedra hay que destacar como

⁶ Autos sacramentales, son obras de teatro religiosas, una clase de drama litúrgico, de estructura alegórica y por lo general con tema eucarístico. Este género fue prohibido en 1765. Ver: Arellano y Duarte (2003) El auto sacramental. Ediciones del Laberinto. Colección Arcadia de las Letras, núm. 24, Madrid, 2003.

notable las grandes cruces que se construyeron en los atrios de los conventos del siglo XVI.

Las cruces atriales son, entonces, una muestra extraordinaria de la escultura del siglo XVI. Su creación, elementos y función les dan una importancia capital que hasta hoy tienen. Aunque su estudio haya pasado un poco de soslayo. Esto es, quizá, por lo expresado por Moreno Villa (1986), *«la escultura es menos comprendida que la pintura o la arquitectura en general, luego no es extraño el desconocimiento existente sobre la escultura de los tiempos coloniales. Esto llama la atención, pues es la escultura una de las representaciones más poderosas con las que se encontraron los españoles a su llegada»*. Historia de México (1978).

Toussaint (1990), señala con énfasis la importancia de la escultura: *«Las religiones indígenas habían logrado expresar por medio de figuras de piedra, en una forma perpetua, los misteriosos sentimientos de sus ritos y sus teogonías»*. Y agrega que en dicha escultura *«el arte indígena llega a concebir grandiosas creaciones por su fuerza evocativa admirable y por la estilización de sus formas»*. Aunado a lo anterior, dice el autor, al lado de la escultura simbólica existió una escultura realista que reprodujo la figura humana interpretándola de una manera exacta.



Figura antropomorfa de la colección de Diego Rivera ⁷

7 Encontrado en:

<http://podcast.uaem.mx:16080/groups/noticias/weblog/31181/images/fd525.png#896x630>

Es en el siglo XVI cuando se producen en México las esculturas más interesantes, precisamente por el contacto entre los diferentes grupos y etnias locales, además del español. Un detalle de sumo interés mostrado en las piezas de escultura indígena, es que, aunque predominan los motivos del cristianismo, siempre doliente, los artesanos indígenas introdujeron símbolos de su ancestral cultura, en un «por si acaso...» para su protección, lo que prevalece hasta el siglo XVIII, de acuerdo con Moreno Villa (1986).



Arte tequitqui. Relieve en la parroquia de Santiago Tequixuiac, Estado de México.

Cruces atriales

Es en el año de 1539, se ordenó que las cruces atriales fueran construidas de piedra y no de madera como las anteriores más altas; de este modo un buen número de cruces atriales de piedra se conserven hoy día. Toussaint (1990).

Este importante paso que cambió las cruces atriales de madera a cruces de piedra lo resalta Schroeder Cordero (1984)⁹ en su artículo «Las funciones del atrio conventual en el sesquicentenario mexicano», estas cruces marcaban un punto central de importancia, en un principio fueron hechas de madera y después fueron labradas en

piedra, fungiendo de pararrayos, como lo atestigua la cruz del atrio de San José de los Naturales, en la ciudad de México; cruz que fue partida en dos por un rayo, al inicio del siglo xvi.

Para conocer el proceso de construcción de las nuevas poblaciones y de las cruces atriales, primero de madera, se recurre a Ricard (2014) que lo describe de la siguiente manera: «Beaumont, en su Crónica de Michoacán, ha conservado el relato precioso, de la fundación de Acámbaro (Guanajuato). Se hizo, en primer lugar, la erección de una gran cruz de madera: en seguida se trazaron las calles, y junto a la cruz se levantó una capilla con su pórtico de madera, de donde se colgaron dos campanas, y el domingo 20 de septiembre de 1526 el cura de Tula celebró la misa del Espíritu Santo, a la cual siguió el rezo del rosario, el canto del alabado y la enseñanza de la doctrina para instrucción de los chichimecas paganos, de los cuales asistieron un gran número.»

Continuando con Schroeder Cordero (1984), las cruces atriales están, en la mayoría de las ocasiones, colocadas sobre un zócalo. Muchas de ellas se ciñen estrictamente a los símbolos de la Pasión, el rostro de Cristo, un cartel en la parte superior con la leyenda INRI, además de los tres clavos en manos y pies de Cristo, el martillo con el que los clavaron, el gallo cantando sobre la Columna de la Pasión, el Cilicio del azote, la Corona de espinas y los Dados con los que los soldados sortearon las ropas de Cristo. Sin embargo, otras lograron integrar aspectos de la cultura indígena, como lo muestran puntos que a manera de numerales se encuentran sobre varias de ellas, además de otros elementos como se verá más adelante.

Aunque alguna vez se creyó que las cruces atriales eran una innovación local, se sabe, por la Misa de San Gregorio, Pierce (1991) que las cruces ya eran conocidas. Y esto se ha comprobado, pues ya años atrás estas cruces eran un testimonio de fe en otros sitios, como es

el caso de una cruz atrial en la ciudad de Ravena, Italia, esta cruz, de metal, tiene detalles de la Pasión de Cristo.

Algunas de las cruces atriales más notables en México son, de acuerdo con Toussaint (1990), uno de los más importantes investigadores sobre el tema:

«La cruz de Cuautitlán, en el Estado de México; lleva la fecha de 1555 y es interesante por su esmerado trabajo escultórico. Hay dos retratos en ella, se dice que representan al fraile que era prior del convento cuando fue edificada y al encomendero Alonso de Ávila. Otra cruz de gran belleza es la que existe en el convento franciscano de Huichapan, en el Estado de Hidalgo, su ornamentación tiene finos relieves de poca profundidad, lo que hace de ella una cruz completamente plateresca. Otra cruz interesante es la de Jilotepec, en el Estado de México, sobre una gran base cuadrada que recuerda la parte alta de una pirámide y que ostenta un gran friso de escudos, la cruz parece descansar sobre una peana excesiva.»
Toussaint (1990)



*Cruz atrial de Huichapan, Hidalgo.*⁸

⁸ Encontrado en: https://web.archive.org/web/20161025211404if_/http://static.panoramio.com/photos/large/84827729.jpg

Un hallazgo importante, fueron las cruces atriales con oquedades en su centro, sitio donde solía estar una piedra preciosa (muchas veces jade u obsidiana). Esta forma se asemeja en mucho a las esculturas de los ídolos indígenas. Y, de acuerdo con Toussaint (1990), la decoración era de tipo fitomorfo, es decir, con detalles de hojas y flor, de la mano indígena, especialmente donde hay una piedra núcleo que denota haber sido talladas con la técnica indígena de piedra con piedra. Kubler, G (1982)

En cuanto a la decoración, de las cruces más bellas están la de Jilotepec, también en el Estado de México que recuerda la parte alta de una pirámide y que ostenta un gran friso de escudos además de la de la Santa Cruz de Atoyac, por sus cabos flordelisados. Otra cruz que resalta por la claridad de sus elementos de arte tequitqui, es la de Sta. María de Nativitas, llamada hasta el siglo XVIII, en otomí: Sta. María Ximiní, en Aculco. (imagen siguiente);



Cruz atrial de Sta. María de Nativitas en Aculco, EdoMex.

En este punto cabe destacar la enorme labor realizada por dos instituciones en el inicio de la conquista: El Imperial Colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco y el de la escuela de San José de los Naturales. Para el caso del Colegio de Tlatelolco, fue sin duda ejemplo del espíritu humanista con que, en un inicio, se orientaron los trabajos de los sacerdotes evangelizadores y, por tanto, de las instituciones que los arroparon. Kubler (1982)



Tlatelolco, CDMX. Fotografía de: Diego Delso, CC BY-SA 3.0, Es en Ricard (2014), que se destaca el espíritu humanista del Colegio, y se prefiere la cita puesto que ofrece una importante acuciosidad:

«Debemos recordar que los religiosos de Nueva España en el siglo XVI no sólo eligieron, como fuente de inspiración la labor apostólica, sino que vieron en ella el prototipo de su propio apostolado. Por lo tanto, la primera misión franciscana de 1524 y la segunda de 1526 estaban formadas por doce frailes y todo el mundo sabe que a los primeros los llamaban los Doce Apóstoles. Parecidamente en su diócesis de Michoacán, don Vasco de Quiroga se inspiró en la época apostólica, y cuando pidió misiones para la Nueva España,

el mismo Cortés no quiso que se le mandaran obispos y canónigos, porque, a sus ojos, no practicaban la virtud de la pobreza, porque, añade Mendieta, no hacían caso a la pobreza de la Iglesia primitiva. Por lo tanto, imaginamos fácilmente la alegría y admiración de los frailes mendicantes cuando volvieron a hallar en sus neófitos indígenas el espíritu de pobreza a que aspiraron constantemente en Europa. Pensaban, por consiguiente, que iban a realizar en la América lo que habían intentado en su patria sin lograr éxito completo y que el nuevo continente les ofrecía una oportunidad única.»

Sin embargo, luego del movimiento de la Contrarreforma, este espíritu fue languideciendo hasta dejar a la conquista en su forma más descarnada. Así lo expresa Ricard (2014): «entre los misioneros de la Nueva España siempre hubo dos tendencias bien definidas: una favorable, hostil la otra a los indígenas, y que fue en 1570 cuando brotó entre los franciscanos una violenta reacción anti indígena.» Si bien al inicio de la conquista el espíritu humanista y de caridad prevaleció, como ya se ha señalado fue la contrarreforma la que tiñó el espíritu de los siguientes evangelizadores, ambiente donde toda herejía (cualquier práctica que hicieran los naturales en recuerdo de sus ancestrales ritos) debía ser castigada.

Para el caso de la escuela de San José de los Naturales⁹, fueron fray Pedro de Gante y fray Diego Valadés algunos de los frailes que dirigieron sus trabajos, de acuerdo con Escalante Gonzalbo (2020), dejando en manos de evangelizados indígenas, muchas veces egresados del Colegio de Tlatelolco, prácticas y enseñanzas. Un caso especial es fray Diego Valadés (hijo de una mujer indígena), autor y magistral

9 Esta escuela estuvo ubicada en lo que hoy es el centro histórico de la Ciudad de México, no queda nada de este edificio. Sin embargo, estaba situado, como describe Kubler, en una esquina del convento de San Francisco. Su fundador fue fray Pedro de Gante.

grabador de «*Rhetorica Cristiana*», libro impreso en Europa en el año de 1579, quien primero se formó en la escuela de San José de los Naturales y luego, ya en Tlatelolco, fue muy destacado alumno¹².

El arte Tequitqui en las cruces atriales

Y si hablamos de cruces atriales, debemos hablar del arte tequitqui, integración de elementos hispánicos e indígenas en claro simbolismo y bella armonía que la transición favoreció. El origen del término tequitqui, lo describe *Moreno Villa (1986)* respondiendo a la necesidad de crear un nuevo concepto para designar las obras realizadas durante el siglo XVI, especialmente la arquitectura y la escultura, puesto que, cuando «se ponen en contacto el español y el indígena, cada uno con su tradición y su modo de sentir, veremos que aparece el mismo fenómeno que en España, *un mudejarismo peculiar* que nosotros debemos ya bautizar de algún modo». Y continúa: «Para inventar el término hemos de tener presente lo que significa la voz árabe «mudéjar». Esta palabra significa tributario y, para seguir con este razonamiento: «Vasallos y tributarios fueron aquí los indios. ¿Por qué no buscar la palabra equivalente en náhuatl y bautizar con ella, como se hizo allá, a las obras que presentan rasgos de especialísima amalgama de estilos?» Para terminar con la siguiente propuesta: «Yo propongo la antigua voz mexicana «tequitqui», o sea, tributario».

Respecto a este concepto, Toussaint (1990) expone con énfasis: «Las obras de arte con supervivencia indígena han sido agrupadas con una sola designación: *tequitqui*, por José Moreno Villa. Es justo y aceptable, pero siempre que su campo se limite a las verdaderas supervivencias y no interfiera el del arte llamado popular, o las imitaciones populares del arte europeo, que requieren otra clase de estudios».

«La forzada asociación de dos culturas produjo entonces, una obra original que no es ni verdaderamente indígena, ni española (...) es un

espacio de fuerte arte mestizo. Es la interpretación propia y original de los modelos europeos en la que los indígenas dejan huella de su propia sensibilidad.» Esta bella descripción del arte *tequitqui* la hace Romero (1995). Y Pierce (1990) se expresa con claridad utilizando el vocablo de lo que se conoce como arte *tequitqui*. Y así lo describe: «El arte indígena al servicio del cristianismo se designa con el nombre de *tequitqui*, un término náhuatl que significa pagar tributo. Sin embargo, hay investigadores que no aceptan el término al «servicio de...» pues sostienen que el resultado fue una amalgama, la bella conquista de los conquistados.

«En el arte del siglo XVI es frecuente descubrir motivos que parecen tener un sabor indio: unas veces son elementos que podrían tener un doble significado, tanto cristiano como indígena, otras emplean alguna fórmula prehispánica como una serie de puntos a manera de números y, menos tangible, aunque más frecuente, en ocasiones muestran patrones y técnicas estilísticas que habían sido empleadas en épocas anteriores a la conquista.» Pierce (1990)

Una muestra del arte *tequitqui* la describe Mendieta cuando señala: «Me entusiasma la capacidad de imitación perfecta». Pero a nosotros, expresa Moreno Villa, nos interesa hoy mucho más la imperfección de esa imitación, porque en ella descubre el indígena su manera de hacer y su espíritu. Y es verdad.

Otro análisis que aporta luz sobre este concepto y las obras que describe la expresa MC Andrews (1969), en Romero (1995): «El *tequitqui* presenta tanto una combinación de estilos señaladamente anacrónica, como una talla de aspecto precortesiano, además de la presencia, en muchos de los casos, de elementos formales indígenas, mezclados con motivos europeizantes, fundamentalmente tallados en piedra o en representaciones pictóricas».

Son muchos los ejemplos del arte tequitqui de la época y aún posteriores, sin embargo, son pocos los estudios donde se detalle su presencia, piezas y ubicación. Uno de los ejemplos encontrados es el que Toussaint (1990) describe como: «La cruz del convento agustino¹⁰ de Acolman tiene un dado a manera de peana para la cruz, que tiene la imagen de la virgen en altorrelieve y que es de un primitivismo tal que pudiera creerse que más que una imagen cristiana, es un ídolo». Y continúa: «La cruz, en cambio, está cubierta de relieves finos que no matan el perfil cilíndrico de su forma; en el centro de ella una hermosísima cabeza de Cristo recuerda la escultura renacentista, sobre todo por el contraste con la figura inferior.»



Imagen de la cruz atrial de Acolman ¹¹

¹⁰ Los frailes agustinos llegaron a la Nueva España en 1533; los primeros en llegar fueron los frailes franciscanos, mayo de 1524, y luego los dominicos, en 1526; por último, los agustinos.

¹¹ Encontrada en: <http://vamonosalbable.blogspot.com/2017/05/antes-y-ahora-la-cruz-atrinal-deacolman.html>

En este punto debe recordarse lo expresado por Toussaint (1990): «Recientemente se han descubiertos algunas cruces que presentan en su cuerpo una oquedad como para incrustar en ella una piedra preciosa, exactamente como hacían los indígenas con sus ídolos misteriosos. En ello se ha visto una prueba de la supervivencia indígena dentro del arte cristiano». Como parece ser el caso de la cruz de Acolman.

Es en Romero (1995) que se puede encontrar una interesante reflexión sobre el arte *tequitqui*:

«El tequitqui representa un importante eslabón histórico entre el mundo precortesiano y el novohispano. Más allá del tequitqui, más allá del siglo XVI, es ya casi imposible reconocer la tradición artística precortesiana, pareciera que se hizo realidad la idea de un Nuevo Mundo preconizado en Europa, porque en México colonial, en la amalgama social que se produce, surge algo nuevo, algo mestizo, en el que tiende a ser negada la cosmovisión de los conquistados, manifestándose, por otro lado, la urgente necesidad de una identidad propia de este nuevo pueblo, porque esto no es España, es la cuna del mestizaje del México de hoy.»

Para Moreno Villa (1986), lo *tequitqui* se expresa, sobre todo, en la cantería, en los relieves de piedra; y en la cruz del atrio de la Parroquia del barrio de los Reyes, Tultitlán, Estado de México, pueden observarse de manera clara los elementos del arte *tequitqui*: a) los símbolos de la Pasión; b) el rostro de Cristo; c) un cartel en la parte superior con la leyenda INRI; d) los tres clavos en manos y pies de Cristo, e) el martillo con el que los clavarón; f) el gallo cantando sobre la Columna de la Pasión; g) el Cilicio del azote; h) la Corona de espinas y; i) los Dados con los que los soldados sortearon las ropas de Cristo. Y se ha elegido esta cruz, porque en ella es posible identificar

con facilidad los elementos que Moreno Villa señala como básicos del arte tequitqui:



Cruz atrial de la parroquia del Barrio de los Reyes

Tultitlán, Estado de México.¹²

Los canteros indígenas

Respecto a los grupos de artesanos que existían a la llegada de los españoles, Ricard (2014), señala que los escultores y artistas:

«no formaban una casta aparte, eran parte de la gran sociedad, tampoco habitaban en barrios específicos. Y si bien no estaban aglutinados en grupos, si eran considerados con capacidades especiales en su laborioso trabajo. «Artesanos y comerciantes no tenían obligación de cultivar la tierra, pero sí de que otros en su lugar lo hiciesen».

¹² Encontrada en: <https://rosademaria.wordpress.com/2022/01/15/cruz-atrinal-2/>

En el libro clásico de Mendieta, como describe Moreno Villa (1986), se expresa lo siguiente: «Los canteros indios que eran curiosos en la escultura (como queda dicho) y labraban con solas piedras cosas muy de ver, después que tuvieron picos y escodas y los demás instrumentos de hierro y vieron obras que los nuestros hacían, se aventajan en gran manera, y así hacen y labran arcos redondos, escancianos y terciados, portadas y ventanas de mucha obra, y cuantos mosaicos y bastiones han visto, todo lo labran, y han hecho muchas gentiles iglesias y casas para los españoles». Mendieta, en Moreno Villa (1986) continúa: «Finalmente, que casi todas las buenas y curiosas obras que en todo género de oficios y artes se hacen en esta tierra de Indias (a lo menos en la Nueva España), los indios son los que las ejercitan y labran, porque los españoles, maestros de tales oficios, por maravilla hacen más que dar la obra a los indios y decirles cómo quieren que la hagan. Y ellos la hacen tan perfecta, que no se puede mejorar».

El cronista Diego Durán¹³, describe la habilidad de los naturales para el tallado escultórico, de la siguiente manera:

«Por no tener mazos ni escoplos de hierro, como los canteros de nuestra nación, usan otras piedras para sacar las figuras pequeñas tan al natural, era cosa de admiración, y aún de poner en historia, la curiosidad de los canteros antiguos y particular virtud que, con otras piedrezuelas, labrasen las piedras grandes e hiciesen figuras chicas y grandes, tan al natural como un pintor con un delicado pincelo, como un curioso platero podría con un cincel sacar una figura al natural.»

Por ello la importancia de estos elementos para la evangelización, como se ha descrito párrafos arriba, las cruces talladas en piedra; se

¹³ Diego Duran, cronista y evangelizador de la colonia, nació en Sevilla en c.1537 y murió en la Ciudad de México el c. 1588. Fue religioso dominico.

integraba tanto la forma cristiana como la mano de obra indígena, amén de algunos elementos de las creencias indígenas. Trabajos que abren la puerta de piedra al mestizaje.

Respecto a la evangelización, es sabido, y Ricard (2014) reconoce que los aztecas, además de otros grupos nativos, creían en la vida eterna; para ellos el alma era inmortal; y una vez fuera de este mundo el alma continuaba viviendo en el cielo o en el infierno, creencia que les resultó a los frailes un piso cierto para su evangelización. Dato que ofrecía un reto para los frailes, era que los indígenas no creían en el premio del cielo por una buena vida, sino por cómo se hubiera muerto; Y por ello, en batalla era mejor.

En este punto veo necesario resaltar un punto importante por cuanto el mito popular repite que era usual que la población indígena ejercía la antropofagia. No era así.

Ricard (2014) expone: «Practicaban ellos también la comunión bajo diversos aspectos; una de sus formas, la absorción del corazón de la víctima asimilada a la sustancia del dios se relacionaba con la antropofagia ritual». Esta forma era realizada sólo por los grandes sacerdotes en ritos muy especiales. En cambio, la población general solía tener aspectos menos sangrientos: dos veces al año (los pobladores) comían imágenes hechas de pasta de alimentos que representaban al dios Huitzilopochtli.» Esta práctica, de comer pan con la figura de sus dioses, a manera de comunión, permitió que los indígenas transitaran fácilmente a la práctica de la comunión en la nueva doctrina.

Otra de las creencias prehispánicas que favorecieron la conversión de la población, fue los indígenas creían que el gran dios Huitzilopochtli había nacido de una virgen, la diosa Teteoinan¹⁴. Así, la aparición de la Virgen de Guadalupe en el Tepeyac se afianzaba de manera

¹⁴ Teteoinan, diosa virgen, «madre de los dioses», a quien los aztecas daban culto en un templo erigido en su honor en el Tepeyac. En la mitología mexicana, Tonantzin, era el término con que se designaba a distintas deidades femeninas, principalmente a Coatlicue, Cihuacóatl y Teteoinan (madre de los dioses).

natural en esta creencia prehispánica. Lo que permite entender la enorme devoción a la Virgen de Guadalupe.

Tesoros descubiertos: cruces atriales

Muchas fueron las iglesias de los siglos XVI y XVII que sufrieron mutilaciones cuando, por las nuevas tendencias en España, surgió un nuevo estilo arquitectónico: el neoclasicismo. Así, son pocos los templos que escaparon a una atroz rasurada, tanto de fachada como de altares, además de los cortes de atrios en aras de las nuevas vialidades. Es por ello por lo que hoy quedan pocas cruces atriales tanto como iglesias barrocas. Sin embargo, las cruces que todavía están en pie son muy dignas de ser estudiadas.



Cruz Atrial en el Museo Nacional del Virreinato con plumas labradas, detalle indígena. ubicado en el antiguo Colegio de San Francisco Javier en Tepotzotlán, Estado de México.

Una de las cruces que muestran más claramente los elementos de la pasión en nuestro país, es la Cruz atrial de Tlaxcala en la cual todos los elementos de la pasión están representados mediante elementos simbólicos. Según Duverger Christian (2001), en el atrio tenían lugar

dos tipos de manifestaciones religiosas; procesiones, que caminan en dirección este-norte-oeste-sur, contra las manecillas del reloj, siguiendo así el orden nahua de circulación de los puntos cardinales; y asambleas estáticas, reunidas para asistir a misa, de estas nacen las Capillas abiertas. Se calcula que en estos espacios podían asistir entre 5,000 y 15,000 personas en una sola celebración dominical. Duverger (1998)



*Cruz Atrial de Tlaxcala, 150 x 90 cm. piedra labrada, Museo Regional de Tlaxcala, Tlaxcala.*¹⁵

Otra cruz que es sobresaliente es la que se encuentra en el centro del Tepeyac, «lugar de la aparición de la Virgen de Guadalupe, donde en la época prehispánica había un centro ceremonial dedicado a la diosa Tonantzin, «nuestra madre». Y donde, de acuerdo con Torquemada, los franciscanos habían decidido levantar una iglesia «dedicada a la

¹⁵ Encontrada en: https://lugares.inah.gob.mx/es/museos-inah/museo/museo-piezas/15354-15354-10341001-cruz-atrinal.html?lugar_id=411

santa Virgen quien es nuestra Señora y nuestra Madre»¹⁶ López de la Torre, (2016). Alrededor de 1556 se erigió una ermita en el Tepeyac, y fue en ese mismo año en que es posible que esta cruz atrial haya sido construida.

Esta cruz que no tiene pedestal, guarda enorme parecido con la que se encuentra en el convento de Atzacualco, del mismo periodo, y con la que está en el convento franciscano de Huichapan. Y, estas tres cruces tienen elementos muy semejantes, diseño y técnica, por lo que sería posible que fueran del mismo artesano. Y quizá la escuela de Artes de San José de los Naturales (López de la Torre, 2016), haya sido el centro de instrucción que dio origen a estos trabajos¹⁷.



Cruz atrial del Tepeyac, Ciudad de México.

16 Fray Juan de Torquemada, palabras

17 Escuela de Artes de San José de los Naturales. Creada por fray Pedro de Gante, a pesar de los escasos recursos humanos y materiales, primero como capilla abierta, luego, «fue uno de los principales centros educadores y evangelizadores de indios hasta la construcción del Convento de Santiago Tlatelolco, desarrollándose en ella los principales esfuerzos del franciscano por introducir a los indios al mundo europeo».

La cruz atrial del Tepeyac «es una de las más bellas que se encuentran en el Museo de la Basílica de Guadalupe y es la del atrio de la Colegiata de Guadalupe. Se desconoce el autor de tan bella obra de arte, aunque, sin lugar a duda se trataron de manos indígenas quienes la labraron. Es una de las piezas más impresionantes de arte *tequitqui*.»



Cruz atrial de la parroquia de San Jacinto, San Ángel, Ciudad de México ¹⁸.

Cruz atrial del ex convento de San Jacinto, San Ángel, ciudad de México. En todo lo ancho y largo de la cruz se encuentran las llamadas: armas de Cristo se pueden apreciar en la cruz: una bolsa con el número 30 en medio, que representan las monedas de plata que Judas pagó, el gallo que es la negación de Cristo y que también se usa como emblema de Cristo, los azotes en forma de cruz, un haz de varas porque se rifaron la túnica, y un látigo; representan la flagelación de Cristo.»

¹⁸ Encontrado en: <http://el-espejo-humeante.blogspot.com/2017/01/la-cruz-atrinal-del-tepeyacuna-obrade.html>

En el área metropolitana de Guadalajara, son pocas las cruces atriales existentes y más escasas aun las que tienen un valor histórico o artístico. Los motivos son varios, el apego a modas como fue el caso de estilo neoclásico en la arquitectura que tratando de renovar iglesias las mutiló, las vicisitudes ocurridas en muchos templos durante los años 1920-1930, el avance de la modernidad en turno con la apertura de calles para dar paso franco al automóvil y, desde luego, la poca vigilancia y cuidado que de estos inmuebles se tiene.

San Sebastián de Analco

Sin embargo, un orgullo del área metropolitana de Guadalajara. La cruz atrial de San Sebastián de Analco es una de las más bellas. «La cruz atrial, que fue traída desde el convento de Tetlán hasta el atrio de San Sebastián de Analco, presenta los símbolos de la pasión de cristo al frente, pero en el resto de la cruz destaca la ornamentación floral con ramas en espiral»¹⁹ Esta vegetación del ornamento tiene fuerte carácter tequitqui; los adornos florales dejan ver las manos indígenas en su elaboración.



Cruz Atrial de San Sebastián de Analco, Guadalajara, Jalisco, México

¹⁹ Encontrado el 2 de julio de 2023, en: <https://www.jm-arquitectos.com/templodesansebastiandeanalco>



*Cruz Atrial de San Sebastián de Analco, Guadalajara, Jalisco, México*²⁰

La cruz atrial contiene diversas figuras propias de la simbología cristiana, entre ellas la corona de espinas en el centro de la cruz, hecha con un labrado finísimo a forma de ramas entrelazadas; sobre esta, en la parte superior de la cruz, han labrado la leyenda INRI sobre un cartel de piedra; en ambos lados de la cruz se encuentran flores de lis que surgen de dos corazones sangrantes, en los cuáles se percibe la fuerza de la mano indígena. Como detalle especial, del lado izquierdo está representado la cabeza de lo que parece ser un soldado, con rasgos indígenas, características propias del arte tequitqui. En contraparte, en la parte inferior de la cruz aparecen otros simbolismos propios de las cruces atriales; claramente figura el gallo cantando sobre la columna de la Pasión, el cilicio del azote, la columna y los da-

²⁰ Foto de Alfonso Mier Bueno

dos con los que jugaron a sortearse las ropas de Cristo sus ejecutores. La cruz esta finamente labrada con figuras fitoformes a lo largo de la misma, pero es notorio el trabajo de altorrelieve de la naturaleza debajo de la corona de espinas que más que una típica flor de lis, es la representación de un rosal en flor, que denota una gran dedicación y observación en el detalle; y debajo de esta representación observamos los tres clavos con los que se crucifica a Cristo. Como muchas de las cruces expuestas en este capítulo, la cruz atrial de Analco se caracteriza por haber sido labrada con la técnica mesoamericana, es decir piedra con piedra. Sin lugar a duda, la cruz atrial de San Sebastián de Analco es de las mejor conservadas que se tienen en el área metropolitana de Guadalajara y compite en belleza, simbología, mano de obra y materiales con las más sobresalientes de nuestro país.

Lamentablemente las demás Cruces atriales del área metropolitana de Guadalajara fueron sustituidas o removidas de su lugar de origen, sea por los cambios urbanos y las decisiones eclesiásticas que modificaron el espacio atrial; es el caso de la Parroquia de Nuestra Señora de Santa Anita, que pese a que es uno de las más bellos ejemplos de los templos franciscanos en Jalisco, ya no cuenta con su cruz atrial en el lugar de correspondiente; y en su lugar queda solo el vestigio indicado con una cruz sobre el pavimento frente a la fachada del Templo, pérdidas irreparables que descontextualizan el espacio público.

En el otro caso, las cruces atriales fueron sustituidas por las originales de la Colonia, y en su lugar colocaron replicas recientes de una pobre calidad técnica y artística; entre ellos los casos de la Parroquia de Santa Ana Tepetitlán, la Parroquia de San Juan Bautista de San Juan de Ocotán, la Parroquia de Nuestra Señoras del Rosario de Atemajac en Atemajac del Valle y la Parroquia de San Sebastián Mártir en Sebastián el Grande, Jalisco. Así es cómo negativas acciones que han dejado trunca la riqueza artística de Jalisco y, particularmente, de Guadalajara.

Por fortuna, aún quedan cruces atriales que, aunque no son tan ricas ornamentalmente como San Sebastián de Analco, si cuentan con un valor histórico y artístico; es el caso de la Cruz de la Capilla de la Santa Cruz de las Flores; que se distingue por un trabajo indígena de labrado en piedra que cuenta en el centro de la cruz con una corona de espinas atravesada por cuatro clavos y en los dos extremos de la cruz un sagrado corazón.



*Parroquia y Santuario de Nuestra Señora de Santa Anita, Santa Anita, Tlaquepaque, Jalisco.*²¹

²¹ Foto de Alfonso Mier Bueno



Cruz de la Capilla de la Santa Cruz de las Flores, Tlajomulco de Zuñiga, Jalisco.²²

Este ha sido un acercamiento a las cruces atriales, un elemento fundamental en la evangelización de nuestro país, pero del cual muy poco se ha escrito. Se llega al cierre de este capítulo que no de la investigación sobre las cruces atriales, pues una vez empezado, se desgranar en secuencia casi continua las otras cruces, las que en este texto no fueron presentadas. ¿Lo que sigue? Continuar con el bello trabajo de ampliar la investigación de las cruces atriales como el campo pétreo donde los conquistadores fueron conquistados por la sensibilidad de los indígenas en la creación de un nuevo mundo.

Nota del autor: Si se desea continuar el estudio de las cruces atriales, es posible recurrir a Rafael García Granados, quien en un importante trabajo que publicó, en 1935, el Archivo Español de Arte y Arqueología, habla con profundidad de ellas.

22 Fotos de Alfonso Mier Bueno

Bibliografía

- «SAN SEBASTIÁN DE ANALCO» en Descubre Centro GDL. Encontrado el 14 de junio de 2023, en: <http://descubrecentroddl.com/descubre/33-directorio/templos/123-san-sebastian-deanalco.html>
- 500 AÑOS DE LA CONQUISTA DE MÉXICO (2022) Buenos Aires. CLACSO. Añon, V. (coord.). Encontrado en: <https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2022/04/500-anios-conquistaMexico-1.pdf>
- DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA DE LA LENGUA. 3ª. Edición.
- DORADO, R. LA EVANGELIZACIÓN DE LOS FRANCISCANOS EN LA NUEVA ESPAÑA. Encontrado el 21 de junio de 2023, en: [file:///C:/Users/hp/Downloads/lizeth_98,hh11-67-75%20\(2\).pdf](file:///C:/Users/hp/Downloads/lizeth_98,hh11-67-75%20(2).pdf)
- DURAN, DIEGO. (1581) Historia de las indias de la Nueva España E islas de Tierra Firme. Encontrado en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Alicante (2005): <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-de-las-indias-de-nueva-espana-yislas-de-tierra-firme-tomo-i--o/html/>
- DUVERGER C. (1998) Agua y Fuego, Arte Sacro indígena de México en el siglo XVI, Las Superposiciones simbólicas: Arte cristiano y tradición prehispánica.
- EL IMPERIAL COLEGIO DE TLATELOLCO. RELATOS E HISTORIAS EN MÉXICO. Año XV. Número 7. México
- ES-ACADEMIC.COM CRUZ ATRIAL (es-academic.com) Encontrado el 10 de junio de 2023, en: <https://es-academic.com/dic.nsf/eswiki/315545>

- ESCALANTE GONZALBO, P. (2020) El proyecto del siglo xvi novohispano (el más grande proyecto educativo de integración cultural occidental y mesoamericana, y en el cual se formó la élite indígena). Relatos e historias en México. El Imperial Colegio de Tlatelolco. Año xv, Número 7. Encontrado el 24 de junio de 2023, en: <https://arqueologiamexicana.mx/mexico-antiguo/el-colegio-de-santa-cruz-de-tlatelolco>
- ESCALANTE GONZALBO, P. (1990) Historia de la educación en la época colonial. La educación de los criollos y la vida urbana. Centro de Estudios Históricos. El Colegio de México. México Encontrado el 16 de junio de 2023, en: [file:///C:/Users/hp/Downloads/historia-de-laeducacion-en-la-epoca-colonial-la-educacion-de-los-criollos-y-la-vida-urbana889043%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/hp/Downloads/historia-de-laeducacion-en-la-epoca-colonial-la-educacion-de-los-criollos-y-la-vida-urbana889043%20(1).pdf)
- ESCULTURAS ESENCIALES PARA EL ESPACIO SAGRADO DEL MUNDO PREHISPÁNICO. (Historia de México, tomo 4. Salvat Editores)
- ESPINOSA ESPÍNOLA, G. (2001) La arquitectura de la evangelización en la Nueva España: concepto y valoración historiográfica. Hispania Sacra. Vol. 53, número 107. Encontrado el 13 de junio de 2023, en: <https://hispaniasacra.revistas.csic.es/index.php/hispaniasacra/article/view/239>. Y: <https://doi.org/10.3989/hs.2001.v.53.i107.239>. Universidad de Almería Servicio de Publicaciones, Almería 1999.
- GARCÍA GRANADOS, R. (1935) Capillas de indios de la Nueva España. Archivo Español de Arte y Arqueología Tomo 11, num 31. Encontrado el 19 de junio de 2023, en: <https://dialnet.unirioja.es/ejemplar/414015>

- GARCÍA QUINTANA, J. (2019). Fray Bernardino de Sahagún. Historiografía mexicana. Volumen 1 Historiografía Novohispana de tradición indígena. Medina, J y Camelo, R. coordinadores. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones Históricas. 2003, México. Encontrado el 6 de julio de 2023, en: http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_01/historiografia.html
- HISTORIA DE MÉXICO, ESCULTURAS ESENCIALES PARA EL ESPACIO SAGRADO DEL MUNDO PREHISPÁNICO. TOMO 4. (1978) Salvat Editores. México
- J/M ARQUITECTOS, TEMPLO DE SAN SEBASTIAN DE ANALCO. Encontrado el 15 de junio de 2023, en: <https://www.jm-arquitectos.com/templodesansebastiandeanalco>
- JIMÉNEZ, J. (1978). Antiguo San Francisco. 1erCURSO DE INFORMACIÓN SOBRE GUADALAJARA. José López Portillo y Rojas. Presidencia Municipal, Guadalajara, Jal. GDL.
- KUBLER, GEORGE (1982) *Arquitectura mexicana del siglo XVI*. México, FCE. Encontrado el 20 de junio de 2023, en: <https://archive.org/details/kubler-george.-arquitectura-mexicana-delsiglo-xvi-ocr-1948-1982>
- LA RUTA DE LOS FRANCISCANOS. SECRETARÍA DE CULTURA JALISCO. Gobierno de Jalisco. México. Encontrado el 4 de julio de 2023, en https://sc.jalisco.gob.mx/sites/sc.jalisco.gob.mx/files/guia_rutatajomulco.pdf
- LÓPEZ DE LA TORRE, F. (2016). El trabajo misional de fray Pedro de Gante en los inicios de la Nueva España- UNAM. Fronteras de la Historia. Vol. 1, enero-junio, 2016.pp. 90-116. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá. Encontrado en: <https://www.redalyc.org/pdf/833/83346866004>

- MC. ANDREW, J., (1986) «The open air churches of the sixteenth century México», 1962, citado por Vargas, E., en Las portadas religiosas de México, México, UNAM, 1969, p. 258. UNAM Mendieta, Jerónimo, fraile. Historia Eclesiástica Indiana, XIII; en Moreno Villa.
- MORENO J., (1986) La escultura colonial mexicana. Arte Universal. FCE. México
- MORENO, J.,(1992) Lo mexicano en las artes plásticas, México, FCE, p. 29
- PIERCE, DONNA (1991) La Misión: Utopismo evangélico den el Nuevo Mundo (1523-1600) en México: esplendores de treinta siglos. Artes de México. Ed. Amigos de las artes en México.
- RICARD, R. (2014) La Conquista espiritual de México. Ensayo sobre el apostolado y los métodos de las órdenes mendicantes en la Nueva España de 1523-1524 a 1572. Fondo de Cultura Económica.
- ROMERO RODRÍGUEZ, M DEL C. (1995). El Arte Tequitqui en el siglo XVI novohispano. Revista Saber Novohispano. Número 2. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. México
- RUTA FRANCISCANA EN LA GUADIONÍA DE TLAJOMULCO, RUTAS CULTURALES. Jalisco, México. Gobierno del Estado de Jalisco. Encontrado el 1 de julio de 2023, en: https://sc.jalisco.gob.mx/sites/sc.jalisco.gob.mx/files/guia_rutatajomulco.pdf
- SCHROEDER CORDERO (1984)26 «Las funciones del atrio conventual en el sesquicento mexicano», en *Conferencias del bicentenario de la fundación de la Escuela de Pintura, Escultura y Arquitectura*. México, UNAM-Facultad de Arquitectura, México
- TOUSSAINT, M. (1990). El arte colonial en México. Instituto de investigaciones estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México. México.

- RODRÍGUEZ, M DEL C. (1995). El Arte Tequitqui en el siglo XVI novohispano. Revista Saber Novohispano. Número 2. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. México
- TLATELOLCO, FOTOGRAFÍA PANORÁMICA DE: DIEGO DELSO, CC BY-SA 3.0, [HTTPS://COMMONS.WIKIMEDIA.ORG/W/INDEX.PHP?CURID=30821989](https://commons.wikimedia.org/w/index.php?CURID=30821989)
- FRAY JUAN DE TORQUEMADA. Monarquía Indiana (Sevilla, 1615) Edición de Miguel León Portilla, Instituto de Investigaciones Históricas, México, 1975, vol. 3, p. 357. En Arte Virreinal. Pierce Donna (1990) La Misión: Utopismo evangélico den el Nuevo Mundo (15231600)
- TOUSSAINT, M. (1990). El arte colonial en México. Instituto de investigaciones estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México. México.
- VARGAS, E., (1969) en Las portadas religiosas de México, México, UNAM, p. 258, en Romero
- RODRÍGUEZ, M DEL C. (1995). El Arte Tequitqui en el siglo XVI novohispano. Revista Saber Novohispano. Número 2. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. México
- ZABALA, J.F. (2020) El Oficio de Historiador. La historia como arte. Encontrado el 17 de junio de 2023, en:<https://eloficiodehistoriar.com.mx/2020/10/14/17366/#:~:text=Los%2odoce%20ap%C3%B3stoles%20fueron%20los,C%C3%B3rdoba%20y%20Juan%20de%20Palos.>}

El convento de Capuchinas de Guadalajara

Gloria Aslida Thomas Gutiérrez

Introducción

En la Nueva España se impuso el catolicismo como religión, lo que propició que se fundaran gran cantidad de conventos de frailes y monjas para la catequización y educación de la población; los conventos femeninos fueron fundados para estas actividades, para formar a las mujeres en la moral católica y para protegerlas en su integridad física y su virginidad, con ello se aseguraba el honor de las familias y que este tipo de educación continuara en las siguientes generaciones. Al ingresar las jóvenes a estas instituciones se convertían en esposas de Cristo, en clausura total se dedicaban a orar por los demás y en algunos casos, a educar a niñas para prepararlas para el matrimonio o el noviciado.

Estas edificaciones solían construirse en ciudades para protección de las hijas de familias; en Guadalajara se fundaron cinco conventos de mujeres, el último perteneció a la orden de las capuchinas, que es una rama femenina franciscana, la cual se caracteriza por los vo-

tos de castidad, obediencia y pobreza, por lo que eran consideradas «descalzas», es decir, debían dedicarse a la oración y no debían tener sirvientas, esclavas ni niñas para educar; sus alimentos y vestimentas debían ser pobres, y sus templos y conventos debían ser austeros y con espacios comunes.

En los últimos años se han hecho investigaciones sobre estos temas, primero a nivel nacional y después a nivel regional a través de tesis de posgrado; empezó Josefina Muriel, le continuaron María Concepción Amerlinck y Ramos Medina; después le siguieron investigaciones para tesis de maestría y doctorado en estados como Puebla y Michoacán; en Jalisco han sido relevantes la tesis doctoral de Javier Huízar Zuno, la tesis de maestría de Ángela Lucrecia Peralta Orozco y las publicaciones de Armando González Escoto, así como también la autora de este escrito en coautoría con José Alfredo Alcántar Gutiérrez y Ernesto Flores Gallo; todas estas investigaciones han sido consideradas para complementar este trabajo.

Los conventos femeninos tuvieron algunas diferencias con respecto a los masculinos, siempre se ubicaron en las ciudades para protección de las religiosas, con completa clausura y una tipología común en casi todos ellos que los caracterizaba, ya que sus templos de una sola nave se ubicaban de forma paralela a la calle, lo que permitía que hubiera puertas gemelas en sus ingresos. Los templos de conventos de capuchinas tendrán algunas diferencias con respecto a esto último, como lo veremos más adelante.

La orden franciscana

Una de las ramas franciscanas es la de las capuchinas, iniciada por Santa Clara en 1212; en sus inicios fueron llamadas Clarisas, se extendieron por Europa y fueron reformadas por Santa Coleta. Al respecto Josefina Muriel comenta lo siguiente:

En 1538 se fundó en Nápoles la orden de las Capuchinas recibiendo la Regla de Santa Clara en su forma más primitiva, guardando los votos de pobreza y no debiendo poseer bienes. Se extiende por varias ciudades de Italia¹.

Al pertenecer esta orden a la rama femenina franciscana debieron cumplir con sus votos de pobreza, que se manifiestan en la austeridad de sus construcciones, caracterizándose por construir conjuntos conventuales pequeños y sobrios. Continúa Muriel con su comentario:

(...) en 1602 se funda el primer convento de religiosas Capuchinas en Barcelona, España, después se multiplicaron por toda la península. De Toledo salen cinco religiosas a la Nueva España llegando el 8 de septiembre de 1665, fundaron su convento en la capital de la colonia gracias a la participación del Sr. Dr. D. Mateo Sagade y Bugueiro, arzobispo de la ciudad de México y a la fortuna de doña Isabel de la Barrera.²

Cabe aquí añadir al comentario de Muriel que las fundaciones de estos conventos de capuchinas tenían como objetivo ayudar a familias que no podían pagar una dote para que sus hijas se casaran o ingresaran a un convento.

Del convento de la ciudad de México salieron religiosas hacia Nueva Galicia para fundar el convento en Lagos de Moreno en el siglo XVIII, para después fundar el de Guadalajara.³

1 Josefina Muriel. Conventos de monjas en la Nueva España. México: Ed. Santiago, 1946, p. 14.

2 *Idem.*

3 Ángela Lucrecia Peralta Orozco. *Recuperación de los espacios perdidos del Convento de Capuchinas. Ampliación del «Museo de la Ciudad» de Guadalajara, mediante la integración de dos fincas patrimoniales.* Universidad de Guadalajara: Tesis de Maestría, p. 45.

Fundación del convento de Capuchinas

El convento de Capuchinas en la villa de Lagos recibió el nombre de San José, se inició con un beaterio por iniciativa del párroco Diego de Cervantes; con donación del terreno de las hermanas Francisca y Teresa Manzo Zúñiga y Gallardo.⁴ La edificación comenzó en 1742, y fue hasta 1755 que el rey de España autorizó convertirlo en convento. Fueron cuatro religiosas las fundadoras, quienes venían del convento de San Felipe de la ciudad de México; se fundó el 6 de febrero de 1756, y de ahí saldrían posteriormente las fundadoras del convento de Capuchinas de Guadalajara.⁵

En el año de 1759, en la ciudad de Guadalajara, la señora Doña Ana María de Garcidíaz, oriunda de Tembleque en Toledo,⁶ era dueña de las minas de Bolaños, al ser viuda del Coronel José Luis Jiménez; el sacerdote don Salvador Antonio Verdi era su confesor y la aconsejó que heredara para la fundación de un convento de capuchinas en Guadalajara; se estableció que sería para niñas pobres: La fundación fue autorizada por Carlos III el 15 de marzo de 1761. Para celebrarlo repicaron las campanas de la ciudad y se aventaron cohetes. La construcción había comenzado desde 1759; llegaron doce monjas del convento de Lagos para su fundación el 2 de diciembre de 1761; los festejos continuaron por cuatro días más con diversos actos religiosos. El conjunto conventual fue dedicado a la Purísima Concepción de María y al Patriarca San Ignacio de Loyola⁷. Comenta Fray Luis de Palacio sobre la austera vida que llevaban las capuchinas:

4 Javier Huizar Zuno. *Los conjuntos conventuales femeninos en Guadalajara en los siglos XVII y XVIII*. Universidad de Colima: Tesis doctoral, p. 382.

5 Pbro. J. Jesús Jiménez. *Capuchinas*. En *Iglesias y edificios antiguos de Guadalajara*. Compilación de Ramón Mata Torres. Guadalajara: Ediciones del Ayuntamiento de Guadalajara y la Cámara de -comercio de Guadalajara. 1979. México, p. 113.

6 Huizar, op. cit., p. 383.

7 Fray Luis del R. De Palacio. *Recopilación de noticias y datos que se relacionan con la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Zapopan y con su Colegio y Santuario*. T. I, Guadalajara: Talleres de la Universidad de Guadalajara, 1942, p. 390.

«Con campanas suspendidas en ciertos lugares del convento, convocaban a varios actos de comunidad; incluso el refectorio; a todo, en suma, lo que no tenía lugar en el coro: con las mismas hacían señal cuando metían carbón o leña, cuando entraban peones o albañiles, y aun los médicos y capellanes, para que todas se cubriesen el rostro con el velo y pronto se quitasen del camino. Al penetrar en las pocas estancias que hoy quedan junto a la devota iglesia, se siente el ánimo sobrecogido de cierto espanto a la verdad: todo acusa las duras privaciones de vida tan austera».⁸

Puede observarse en estos comentarios de Fray Luis de Palacio la vida cotidiana que llevaban las integrantes de estas comunidades, reflejándose así la manera de pensar y vivir de la sociedad novohispana y manifestándose ésta en la arquitectura de sus conventos. Continúa Fray Luis diciendo al respecto:

(...) Jamás vuelven a ver a sus parientes, pues los gruesos velos tan densos de la pequeña reja del locutorio, jamás se desprenden, corren o levantan; y solo a solicitud de los parientes mismos, se les habla cada seis meses; escribir, casi nunca o muy poco. No viven, por supuesto, sino de la pura limosna, su escasísima menestra se compone, de legumbres distintas (...) Estaban, en una palabra, estas vírgenes paupérrimas muertas al mundo, sepultadas vivas, halagadas con rigores, rodeadas de penalidades, extrañas a lo del siglo y ajenas a sus máximas, condenadas voluntaria y gustosamente al más cruel cuanto prolongado martirio; pero, eso sí, llevando una vida más angelical que humana; exhalando, como azucenas en un perdido y conocido valle, para sólo su Dueño y

8 Ibid., p. 394.

Esposo un perfume exquisito, y contentándole a Él solo, por su intacta blancura».⁹

En el párrafo anterior se manifiesta la austeridad con la que vivían las órdenes franciscanas para respetar sus votos de pobreza, por lo que la orden capuchina es considerada como de «descalzas».

Este conjunto conventual se construyó en la manzana comprendida entre las calles de Capuchinas, hoy llamada Contreras Medellín al oriente, la de Independencia al sur, la cerrada de Jesús María, hoy Mariano Bárcena al poniente y la de Juan Manuel Caballero, hoy Juan Manuel al norte. Don Fray Antonio Alcalde aportó para que se concluyera su construcción a finales del siglo XVIII, su corazón se encuentra resguardado en el coro del templo.

Como vimos en los párrafos de Fray Luis, siguiendo sus votos de pobreza, las religiosas vivían en extrema austeridad, con ayunos, silencios, poca comida, con ropas y muebles incómodos, sin bienes, vivían de la caridad y de las manualidades que ellas mismas hacían ya que no podían tener sirvientas; sus rezos los realizaban varias veces al día y la noche. La austeridad en la que vivían se reflejaba en la austeridad de la construcción.¹⁰

Descripción del templo y del convento

El ingreso al convento se ubicaba por la calle Capuchinas, hoy llamada Contreras Medellín, con portería, torno y locutorio. A través de un pasillo se llegaba al claustro principal con patio y con una fuente octogonal, rodeado por corredores en sus cuatro lados con cinco arcos de medio punto por lado con columnas toscanas, sin basa. Había

⁹ *Idem.*

¹⁰ Gloria Aslida Thomas Gutiérrez, José Alfredo Alcántar Gutiérrez, Ernesto Flores Gallo. *Los conventos femeninos de la Guadalajara novohispana*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 2010, p. 80.

biblioteca, enfermería, capilla y refectorio; Al fondo del conjunto había dos patios rodeados de pasillos y bodegas, panadería con hornos y lavaderos. En la actualidad esa parte pertenece al Museo de la Ciudad.¹¹

Había también área para capellanes y sacristanes junto al templo, independientes al convento debido a que ellos eran quienes tenían contacto con el exterior. El Prbro. Jesús Jiménez describe el convento de la siguiente manera:

«El dormitorio común era basto, grande, alto de techo, formado por dos bóvedas; estaba comunicado por un pasillo al antecoro y de este al coro, a donde las religiosas tenían que ir diariamente a las doce de la noche, al rezo de maitines, y nuevamente a las cinco de la mañana, a continuar el oficio divino. La sala de labores era otro salón amplio y alto, de dos bóvedas, donde se reunían las religiosas para el trabajo común y manual»¹².

Siendo una orden de «descalzas», los espacios de los conventos de capuchinas y sus actividades debían ser comunes, no había celdas particulares; las monjas debían dedicarse a la oración, por lo cual los rezos se repetían varias veces al día y la noche, avisando a los habitantes de la ciudad los horarios de oración a través del repicar de una campana ubicada en una espadaña en la parte posterior del templo. Continúa el Pbro. Jiménez describiendo el convento:

Entre el dormitorio, el claustro y el locutorio, estaba un lugar sumamente importante para la vida conventual de las capuchinas, el coro. Era una estancia capaz y de más elevación que las restantes

11 Huizar, *op. cit.*, pp. 390-392.

12 Jiménez, *op. cit.* P. 210.

del convento de longitud doble y de su anchura, con dos bóvedas de arista, desnudas de relieve interceptadas por un sencillo arco escarzano de mochetas dóricas. Recibía luz de unas enormes claraboyas ovales. (...) En un lóculo practicado en la pared del coro, se guardaba el corazón del ilustrísimo señor Fray Antonio Alcalde, quien dispuso que al morir, fuera puesto su corazón en el Convento de Capuchinas. Allí lo guardaban con veneración las religiosas. (...). A un lado del coro, con comunicación a él, estaba la sala de sepulcros, o sala de profundis. Eran donde estaban los sepulcros de las religiosas que habían muerto.»¹³

Como se mencionó anteriormente, en la parte posterior del templo se ubica una espadaña que tenía una campana de sonido ladino, la cual inspiró leyendas y poemas sobre llamados a la vida religiosa al escucharla, a lo que Fray Luis de Palacio comenta:

«Despertaba, sin duda, esta campana el eco de la conciencia, la memoria de Dios, el recuerdo de la eternidad. No le caían bien, pues, a Satanás, las gracias de la campanita esa, y la hizo por entonces enmudecer, durante la exclaustación, cuando el convento se había convertido en cuartel, pero todavía estaban las monjas recluidas en una parte del edificio, vino un rayo y despedazó la famosa campana».¹⁴

Las monjas de este convento fueron muy admiradas y respetadas por los ciudadanos, por considerar que sus oraciones los ayudaban en su vida cotidiana; el sonido tan peculiar de su campana inspiró leyendas que se propagaron por décadas por la región.

¹³ Idem.

¹⁴ De Palacio, *op. cit.*, p. 404.

A pesar que el convento sufrió mutilaciones durante el siglo XIX, el templo no sufrió grandes cambios; se terminó su construcción con la donación que Fray Antonio Alcalde aportó durante el tiempo que fue obispo, entre los años de 1771 a 1792. Los altares son neoclásicos del siglo XIX, tanto el principal como los laterales. Los templos de conventos de Capuchinas no suelen tener los dos ingresos pareados tan comunes en este tipo de iglesias; su ingreso principal se ubica en el lado opuesto al altar, y un solo ingreso lateral. Presenta una sola nave, ubicada en la esquina de las calles Juan Manuel al norte y Contreras Medellín al oriente, con ingresos sobrios; el coro alto se ubica a los pies del templo sobre el ingreso transversal, formando el sotocoro, es de tipo balcón con balaustrada y ventana coral que se manifiesta en la fachada. La nave se divide en cuatro tramos, cubiertos con bóvedas de arista con nervaduras, presenta la piedra aparente al habersele eliminado los aplanados a mediados del siglo XX, al igual que sus muros con cantera aparente y detalles dorados. El espacio interior presenta pilastras dóricas, con cornisa amplia debido a que el muro se estrecha en los lunetos.

El altar principal es neoclásico, con frontón con líneas curvas, con la escultura de San Francisco sobre una nube, pares de columnas compuestas y un nicho con la Purísima Concepción. También se encuentran las imágenes de San Ignacio y Santa Teresa sobre unas puertas. El coro bajo se encuentra en la parte lateral del altar, con reja, y junto a él se ubica su ingreso. Éste se vincula al claustro, que tenía dormitorios para profesas y novicias, y una capilla.

Existen dos altares laterales neoclásicos jónicos, dedicados a la Virgen de Guadalupe y a San José, con esculturas de Santa Teresa, Santa Coleta y San Ignacio de Loyola. En los muros laterales del presbiterio hay unos lienzos grandes al óleo con los temas de la Crucifixión, la

Resurrección y la Oración del Huerto; fueron realizadas en el siglo XIX por el pintor Felipe Castro, de la Academia de San Carlos.

En la parte superior de los muros laterales de la nave hay ventanas rectangulares, verticales, abocinadas en los lunetos, que permiten el ingreso de luz natural, ya que no hay cúpula. Los aplanados se eliminaron a mediados del siglo XX por lo que están aparentes el tezontle de las cubiertas y la cantera de los muros; el piso del presbiterio es de madera y el resto de la iglesia tiene piso de mosaico.

Los ingresos del templo son dóricos, uno al norte y otro al oriente. Ambos se encuentran coronados por un nicho, con la imagen de Santa Teresa sobre la puerta lateral y la de la Inmaculada en la portada principal que da al oriente. Ésta última está a los pies de la nave, con un pequeño atrio que separa de la banqueta con una reja. La fachada se caracteriza por su sobriedad, con un arco de medio punto con pilastras dóricas, sobre ellas cornisa y nichos. Sobre éste la ventana coral, con forma de rectángulo vertical con reja, y sobre ella el nicho mencionado anteriormente, rematando el alzado una moldura y una cruz al centro. La fachada norte es lateral y longitudinal, no tiene atrio, el muro está a pie de banqueta; tiene cuatro tramos formados por cinco contrafuertes con basamento, entre ellos ventanas superiores rectangulares y abocinadas; en el segundo tramo se sitúa el ingreso similar al principal. Sobre cada contrafuerte hay gárgolas con forma de cañón; No existe espadaña ni torre campanario, únicamente dos pequeños arcos góticos a manera de espadaña en la parte trasera de la azotea con dos campanas. Ambas fachadas presentan cantera aparente.

Con las Leyes de Reforma se obligó a que las monjas desocuparan los conventos, los edificios fueron destinados a diferentes funciones. En el convento de Capuchinas la primera exclaustación se realizó en 1863, las religiosas regresaron después a su convento, pero hubo una

segunda exclaustación en 1867. Después de esto, la construcción fue utilizada como cuartel, vecindad, prisión, tribunal militar y caballerizas. Los claustros fueron vendidos a particulares, las celdas fueron destruidas y parte del claustro principal se demolió¹⁵.

En la parte posterior del conjunto conventual se ubicaban la zona de servicios y la huerta, fue comprada por el señor Enrique Maxemin en la década de 1860, quien construyó una casa unifamiliar y añadió la planta alta, que después fue ocupada por la familia García de Alba y posteriormente por varias familias utilizándola como vecindad¹⁶. En la década de los 80 del siglo xx la finca fue rentada al Centro Regional de Occidente del INAH¹⁷; en 1991 el ayuntamiento de Guadalajara compró el inmueble, el cual fue restaurado y convertido en Museo de la Ciudad, inaugurado el 14 de febrero de 1992, para conmemorar el 450 aniversario de la fundación de la ciudad de Guadalajara.

En la esquina de las calles Independencia y Contreras Medellín se construyó un centro comercial, por lo que el claustro principal fue dividido. En el año 2008 fueron encontrados vestigios de otro patio en la casa contigua de la calle Independencia, marcada con el número 694,¹⁸ la cual fue intervenida y anexada al museo.

La comunidad de religiosas capuchinas de Guadalajara estuvo a punto de desaparecer, pero se estableció en Zamora en 1904; el templo recuperó sus funciones en 1921, en 1943 las monjas pudieron regresar a una parte de lo que había sido su edificio y ahí continúan, incluso utilizando los coros, la sala de profundis y parte de lo que fue el claustro principal.¹⁹ Unas casas que se localizan por la calle Juan Manuel se utilizaban como viviendas para el capellán y el sacristán, las cuales

¹⁵ Datos proporcionados a la autora de este escrito por las religiosas del convento.

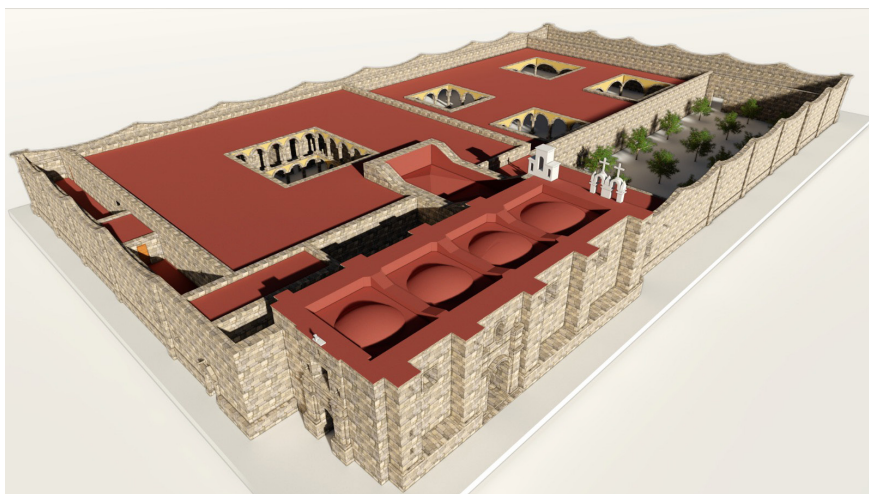
¹⁶ Peralta, *op. cit.*, p. 56.

¹⁷ *Ibid.*, p. 63.

¹⁸ Huizar, *op. cit.*, p. 387.

¹⁹ De Palacio, *op. cit.*, p. 404

se regresaron a la comunidad religiosa a través de la herencia de unas señoritas y actualmente son utilizadas por las monjas. Las religiosas continúan en la edificación, ya no se exige tanta austeridad, hoy en día disponen de celdas particulares, pero los demás espacios son de uso común. Las labores domésticas son realizadas entre todas las monjas; las oraciones siguen siendo continuas y se sigue utilizando el coro bajo²⁰.



Reconstrucción hipotética del convento de Capuchinas de Guadalajara. Elaboró José Alfredo Alcántar Gutiérrez/Cristian Iñiguez

Análisis semiótico

De los cinco conventos femeninos que se fundaron en la Guadalajara virreinal, dos de ellos continúan aún con sus actividades originales, el de Capuchinas y el de Jesús María a pesar de las destrucciones y modificaciones que han sufrido sus edificios. Las monjas viven y realizan sus actividades cotidianas en sus conventos y templos.

²⁰ Datos proporcionados a la autora de este artículo por las religiosas del convento.

Para hacer un análisis semiótico de un objeto arquitectónico debemos ubicarnos en su tiempo y espacio en que fueron construidas estas edificaciones, en virtud que la lectura de sus mensajes originales era diferente de las actuales; los templos debían destacar en su entorno ya que debía prevalecer la divinidad, por lo que este tipo de iglesias eran construidas con volúmenes imponentes para dominar en su contexto, el cual se subordinaba al símbolo; así, las casas alrededor eran bajas y sencillas, de una sola planta. La localización de estos conjuntos conventuales lograba estructurar urbanamente la ciudad, ya que ejercían control sobre su entorno, formándose así barrios, donde la gente se identificaba y apropiaba de su ícono, nombrando al barrio y a la calle con el nombre del templo; estos conventos y sus barrios se convertían en polos que influían en el crecimiento de las ciudades.

El pequeño atrio funciona como espacio de transición entre la vida mundana de la ciudad y la divina del templo. Las fachadas dan la bienvenida con las imágenes que representan a la orden. El coro con sus rejas separa a las religiosas de la gente que visita la iglesia; al ubicarse el coro a un lado del altar queda invisible para los visitantes; las cortinas negras simbolizan luto, austeridad, recogimiento, clausura. La austeridad de la edificación es reflejo de la pobreza de la orden

Con el paso del tiempo se ha modificado el entorno del conjunto, el templo en la actualidad ya no es visto como un símbolo importante; hay poca población viviendo en la zona, por lo que hay más uso comercial; las construcciones son de los siglos XIX y XX, las hay de diferentes formas y tamaños, sin integración formal, sin respeto al ícono colectivo, ya no es un punto focal, la gente ya no se identifica con el símbolo religioso, ya no se apropia del lugar, la identidad barrial se ha perdido y con ello se han perdido también las intenciones originales. En la actualidad, las edificaciones circundantes al templo buscan destacar por sí solas, para beneficio económico,

sin importar la subordinación al símbolo religioso, perdiéndose así los conceptos de integración, identidad, apropiación y punto focal de un contexto barrial.

Conclusiones

Gran parte de los conjuntos conventuales novohispanos, tanto masculinos como femeninos, han sido destruidos total o parcialmente. Primeramente, por la aplicación de las Leyes de Reforma en la segunda mitad del siglo XIX, que con la exlaustración obligó a las religiosas a abandonar su convento, y con la nacionalización se vendieron estas propiedades a particulares, lo que propició su mutilación o destrucción. Después, con la creación de las nuevas colonias al poniente de la ciudad a finales del siglo XIX y principios del XX, numerosas familias de los barrios se mudaron a ellas, provocando el abandono y cambio de usos del hoy llamado centro histórico, lo que dio lugar a que los nuevos usuarios de estas edificaciones y áreas de la ciudad, llámense empleados o clientes de estos locales comerciales, no se identifiquen ni se apropien del lugar, lo que va causando desinterés por el patrimonio y falta de mantenimiento. Las nuevas construcciones del contexto no se integran al templo ni a lo que queda del conjunto conventual, más bien buscan destacar cada una de ellas en su entorno, lo que hace que la imagen urbana sea desfavorable, aunado a que durante el día hay gran cantidad de gente caminando por las calles y el tráfico se aglomera, pero por las noches la zona se vuelve sola, oscura y peligrosa.

Así, el centro histórico de Guadalajara se percibe desintegrado formalmente, falto de unidad estilística e histórica, sin identidad propia, sin sentido de apropiación por sus habitantes, que a falta de conocimiento de la historia de su ciudad, hay desinterés por su conservación.

Las iglesias de estos conventos funcionaban muy bien espacialmente, debido a que los habitantes de la ciudad podían ingresar a la nave sin perturbar la clausura de las religiosas; ellas se ubicaban en los coros que estaban vinculados al templo y al convento: Los conventos a su vez, también fueron muy bien resueltos arquitectónicamente de acuerdo a las necesidades de su época; la paz, cobijo, armonía y encastramiento que las monjas buscaban, la encontraban al ingresar a sus conventos.

Asimismo, las mujeres novohispanas, ya fueran madres de familia o religiosas de conventos, constituyeron con su vida cotidiana la base de una sociedad tradicionalista como transmisoras de costumbres y creencias, creando una cultura profundamente religiosa, que aún se puede percibir; la ciudad de Guadalajara llegó a ser una de las ciudades con el catolicismo más arraigado, sus conventos fueron instituciones muy importantes para la sociedad tapatía, como puntos focales urbanos y sociales, fueron también centros de educación, de religión y de moral, que dieron lugar a una sociedad muy conservadora.

Es interés de la autora de este artículo, que se conozca la historia arquitectónica de nuestra ciudad, para que pueda apreciarse y valorarse mejor, y con ello se incentive el interés de la población por nuestro patrimonio edificado.

Bibliografía

- DE PALACIO, LUIS DEL R. FR. (1942) Recopilación de noticias y datos que se relacionan con la Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Zapopan y con su Colegio y Santuario. T. I, Guadalajara: Talleres de la Universidad de Guadalajara.
- HUIZAR ZUNO, JAVIER. (2007) Los conjuntos conventuales femeninos en Guadalajara, en los siglos XVII y XVIII. Tesis doctoral, Programa Interinstitucional de Doctorado en Arquitectura (PIDA). Universidad de Colima.
- JIMENEZ, J. JESÚS. PBRO. (1979) Capuchinas. Iglesias y Edificios Antiguos de Guadalajara. Compilación de Ramón Mata Torres. Ayto. de Guadalajara y Cámara de Comercio de Guadalajara.
- MURIEL, JOSEFINA (1946) Conventos de Monjas en la Nueva España. México. Ed. Santiago.
- PERALTA OROZCO, ÁNGELA LUCRECIA (2008) Recuperación de los espacios perdidos del Convento de Capuchinas. Ampliación del «Museo de la Ciudad» de Guadalajara, mediante la integración de dos fincas patrimoniales. Tesis de Maestría en Ciencias de la Arquitectura. Universidad de Guadalajara.
- THOMAS GUTIÉRREZ, GLORIA ASLIDA. JOSÉ ALFREDO ALCÁNTAR GUTIÉRREZ. ERNESTO FLORES GALLO (2010) Los conventos femeninos de la Guadalajara novohispana. Universidad de Guadalajara. Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño. México.

El ex Convento de Nuestra Señora de Guadalupe en Sayula, Jalisco. Hipótesis a partir de algunos hallazgos

David Zarate Weber
Universidad de Guadalajara

Introducción

El artículo trata sobre la evolución arquitectónica del claustro en el ex convento y santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe. Se deriva de un estudio reciente elaborado para un proyecto de intervención en el que se identificaron salmeres propios de una cubierta de bóvedas de arista, a diferencia de las cubiertas «planas» de terrado que se observan en algunas fotografías del lugar en el siglo pasado. La investigación pretendió esclarecer si las bóvedas alguna vez se hicieron y se perdieron por efectos de un sismo, pero los resultados no pudieron ofrecer razones concluyentes, sino solo pistas a seguir cuando la intervención se lleve a cabo.

En la primera parte del artículo se establece el contexto sísmico de la región, para tratar de relacionar las fechas de los principales eventos con las etapas reconstructivas del edificio. Se incluyeron los resultados de la investigación de archivo que a pesar de que arrojó pocos datos sobre el ex convento, frecuentemente se informaba sobre daños por sismos en los edificios de la parroquia. Los reportes de los curas mencionaban la visita de maestros, arquitectos e ingenieros muy reconocidos de la época, y en una ocasión se menciona una inspección al convento y santuario que no se localizó.

El segundo apartado se refiere a la historia de Sayula como asentamiento y la fecha estimada en que se establece por primera vez la orden franciscana. El periodo comprende el siglo XVI a 1754, año en que los frailes abandonan la población debido a la secularización de su primer convento e iglesia, y 30 años más tarde regresan a Sayula, pero se ven obligados a construir en el predio actual, donde en 1646 ya existía una capilla que en 1784 se integró al nuevo proyecto.

En el tercer apartado se propone el aspecto que tenía la capilla en planta y alzado, y como quedó integrada al convento y santuario terminados en 1795. La actual fachada conserva las juntas frías que delinean el perfil de la capilla. Lo mismo sucede con un «ojo de buey» que iluminaba la base de la torre, y que ahora se ve clausurada en el espacio donde hoy se encuentran la escalera del coro, y la de las azoteas.

En el cuarto apartado, en la segunda etapa después de 1795, se construye la mayoría del conjunto donde probablemente se hicieron los apéndices en las esquinas exteriores poniente. En la etapa 3, a fines del siglo XIX, se agrega la capilla del Sagrado Corazón de Jesús.

Finalmente, en el quinto apartado, en la primera mitad del siglo pasado se ejecuta la etapa 4, manteniendo las cubiertas de terrado en el convento y los pavimentos, probablemente de losas de piedra y/o

barro cocido. El agregado más importante en esta etapa fue la construcción de un corredor adosado a las celdas del ala sur del claustro. En la etapa 5 correspondiente a la segunda mitad del siglo xx se cambian los mencionados pisos por mosaico de pasta de cemento, y las cubiertas por bóveda de cuña con ladrillo de barro cocido y viguetas de concreto armado. En esta última etapa se agregaron baños y guardarropas en todas las celdas, y los anexos de servicio litúrgico al lado de la sacristía. Otras modificaciones menores se hicieron con el fin de refuncionalizar algunos espacios.

Dentro de los hallazgos mencionados, se hizo evidente que la iglesia echo mano de los mejores maestros, ingenieros y arquitectos de la época para proponer las reparaciones y reconstrucciones de inmuebles dañados por sismos.

Se encontró un piso de mayólica instalado en la capilla del Señor de la Misericordia, atribuido al prestigiado artesano sayulense Epigmenio Vargas, autor del viacrucis que se trasladó al Museo de Guadalajara en los años 20's del siglo pasado.

La región sísmica y Sayula

El área cercana a Sayula históricamente ha sufrido la continua actividad sísmica del volcán de Colima y con ello también los daños a sus construcciones. Salvador Lazcano afirma que «Dentro de la placa de Norteamérica se encuentra un tramo llamado *bloque Jalisco* delimitado por los grábenes Tepic-Zacoalco y Colima, en este último se alojan las lagunas de Atotonilco, San Marcos, Zacoalco, Sayula, Zapotlán, el nevado y el Volcán Colima.»¹ El mismo autor -hablando de Zapotlán el Grande, actualmente Ciudad Guzmán- afirma que «...su riesgo

¹ Salvador Lazcano Díaz del Castillo. «XIII Congreso nacional de Ing. sísmica.» *Sismicidad histórica de Guadalajara, Jalisco*. Ed. XIII Congreso nacional de Ing. sísmica. Guadalajara, 2001.

sísmico es alto (graben Colima, Volcán Colima y zona de subducción), y además las condiciones locales son desfavorables (suelos blandos, efectos topográficos, fallas locales y borde de Valle). Todo esto hace que Zapotlán-Ciudad Guzmán sea la población en México que quizás ha sufrido más daños por terremotos.»²

En cuanto a la frecuencia de los sismos en la región, los más destructivos en Zapotlán y alrededores han sido investigados por varios autores que han registrado los siguientes eventos:

Tabla 1. Tabla tomada de Aguilar y Lozoya, 2020,³ complementada por el autor con Salvador Lazcano Díaz del Castillo,⁴ Rosa María Sánchez Sosa, 2011,⁵ y Rafael Cervantes, 1957.⁶

Siglo XVI	Siglo XVII	Siglo XVIII	Siglo XIX	Siglo XX
17 marzo 1542. (del Castillo, 2001)	9 noviembre 1606. (del Castillo, 2001)	15 agosto 1711. (del Castillo, 2001)	25 marzo 1806. (Aguilar y Lozoya, 2020)	19 enero 1900. (del Castillo, 2001)
1564. (Cervantes, 1957)	15 abril 1611. (Aguilar y Lozoya, 2020)	26 junio 1739. (Aguilar y Lozoya, 2020)	31 mayo 1818. (del Castillo, 2001)	16 mayo 1900. (del Castillo, 2001)
1566. (Cervantes, 1957)	26 agosto 1611. (del Castillo, 2001)	22 agosto 1743. (Aguilar y Lozoya, 2020)	22 noviembre 1837. (del Castillo, 2001)	8 mayo 1905. (Aguilar y Lozoya, 2020)

² *Ibid.*

³ Francisco Javier Delgado Aguilar & Raymundo Padilla Lozoya. «El rigor de la divina justicia. características y consecuencias del sismo de «la encarnación» en Zapotlán el Grande, Jalisco, en 1806.» *Temas americanistas*, (44) (2020): 175-197.

⁴ Lazcano Díaz, *op. cit.*

⁵ Rosa María Sánchez Sosa. «La vulnerabilidad de la restauración de monumentos ante los sismos. Aplicación del método de macroelementos a tres iglesias del siglo XVII en San Sebastián del Oeste, Jalisco, México.» Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya, 01 de octubre de 2012. Tesis de doctorado inedita.

⁶ Rafael Cervantes. *Álbum Histórico Ilustrado*. Guadalajara: Arzobispado de Guadalajara, 1957.

Siglo XVI	Siglo XVII	Siglo XVIII	Siglo XIX	Siglo XX
1567. (del Castillo, 2001)	1612. (del Castillo, 2001)	22 octubre 1747. (Aguilar y Lozoya, 2020)	1842. (Sosa, 2011)	7 junio 1911. (del Castillo, 2001)
26 diciembre 1568. (Aguilar y Lozoya, 2020)	1612-1615 febrero-mayo. (del Castillo, 2001)	14 diciembre 1747. (del Castillo, 2001)	25 marzo-junio 1843. (del Castillo, 2001)	1912. (Sosa, 2011)
1590. (Sosa, 2011)	1616. (Sosa, 2011)	1749 ⁷	31 marzo 1845. (del Castillo, 2001)	3 junio 1932. (Sosa, 2011)
	1632. (Sosa, 2011)	7 junio 1759. (Aguilar y Lozoya, 2020)	1858. (Sosa, 2011)	15 abril 1941. (del Castillo, 2001)
	1682. (Sosa, 2011)	21 febrero 1759. (Aguilar y Lozoya, 2020)	1862. (Sosa, 2011)	19 septiembre 1985. (Sosa, 2011)
		1785. (Sosa, 2011)	1875. (Sosa, 2011)	9 octubre 1995. (Sosa, 2011)
		16 abril 1790. (Aguilar y Lozoya, 2020)	1876. (Sosa, 2011)	22 enero 2003. (Sosa, 2011)
		1794. (Sosa, 2011)	1889. (Sosa, 2011)	
			1896. (Sosa, 2011)	

En cuanto a los suelos desfavorables, históricamente se han conocido como complicados en el momento de construir edificaciones pesadas. En un escrito que emite Don Francisco Antonio García en 1807, se

⁷ AHAG. Caja 3, exp. 15, fs 32. 1806-1807.

defiende de las acusaciones sobre la alteración de los cimientos de dos pilastras pertenecientes a la iglesia parroquial [de Sayula] que dan al corral de su casa contigua y que esa acción provocó el desplome del muro. En su defensa el acusado afirmaba que «...el terreno de por sí es deleznable.»⁸ Por su parte, el Sr. Francisco Xavier de Zúñiga acompañado del maestro en arquitectura Pedro Ciprés, refiriéndose al carácter del terreno, en una inspección de edificios religiosos dañados en la región de Sayula informaba al obispo «...puedo asegurar a V.S.Y. que son muy muchos los temblores, casi imperceptibles, que de día y noche hay, por manera que parece esta esta [sic.] tierra sobre una masa de pez o resina que esta hirviendo.»⁹

Don Severo Díaz hablando de Sayula y citado por Rafael Cervantes, dice que «Tres grandes sierras, pues, encajonan al valle y laguna de Sayula: al Oriente la sierra del Tigre, al Poniente la sierra de Tapalpa, y al Sur la sierra de Iscapel o del Nevado. Con excepción de los barrios que caen en las primeras estribaciones de la sierra de Tapalpa, el resto de la ciudad se asienta en pleno valle de tierra más o menos movediza,...»¹⁰ Queda claro entonces, que mantener en buenas condiciones una construcción sobre un suelo inestable a lo largo de 200 años, y habiendo soportado alrededor de 50 sismos importantes sería muy optimista, de tal manera que también lo sería asegurar que el edificio del Santuario y Convento que aquí se investiga es el totalmente original.

Por lo arriba expuesto, se reitera que el método de investigación utilizado privilegia el trabajo de campo y la observación acuciosa. Los resultados obtenidos son parciales esperando que durante las próximas acciones de conservación surjan otros datos que permitan revisar las hipótesis lanzadas.

⁸ *Ibid.*

⁹ Documento original de 1808 tomado del AHAG, caja 3, exp. 14, fs. 2, 1806.

¹⁰ Rafael Cervantes. *op. cit.* p. 35.

Sayula el asentamiento

Sayula se funda como pueblo español por D. Alonso de Ávalos entre 1521 y 1530.¹¹ Los franciscanos entraron a esta tierra entre 1530 y 1533, donde erigieron una doctrina. Sayula se encontraba al extremo de un valle alargado y al pie de unos cerros desde donde bajaba un arroyo que pasaba por el centro del asentamiento.¹² Los indígenas hablaban *tzulteca* aunque también hablaban *lengua mexicana* con la que inicialmente se comunicaban con los frailes.¹³

Existe una polémica sobre un posible traslado de la población en la que no se abunda pues el interés de esta investigación es abordar el tema del segundo convento franciscano que es el que se estudia, sin embargo, sí se revisó su antecedente directo, es decir, el primer convento convertido a la actual Parroquia.¹⁴

Antecedentes (siglo XVI hasta 1754)

El pueblo se considera grande para 1587 cuando el Comisario Fr. Alonso Ponce visitó el primer convento en el centro de la población que se llamaba «de Nuestro Padre san Francisco de Sayula». Los religiosos que habitaban el edificio pertenecían al Obispado de México. Ponce describe el edificio como «...de mediana capacidad, de aposentos bajos hechos de adobes, con su enmaderamiento y cubiertos de paja; la iglesia es de lo mismo, hecha de tres naves; tiene una buena huerta de mucha arboleda y hortaliza, la cual se riega con el agua que viene de la sierra, como queda dicho; moraban ahí dos Religiosos,...»¹⁵ Eventualmente en ciertas labores eran ayudados por otros franciscanos de Etzatlán, Amacueca y Zapotlán.

11 Rafael Cervantes. *op. cit.* pp. 26-27.

12 *Ibidem.* p. 30.

13 *Idem.*

14 *Ibidem.* p. 32.

15 *Ibidem.* p. 31.

El convento fue destruido por un terremoto en el siglo XVI (probablemente en 1590), y re construido años después. De nuevo se afectó en 1611 y entonces se aprovechó la oportunidad para ya construirse de mampostería, madera emplezada [sic.] y teja.¹⁶

El convento se mantuvo como doctrina desde su origen hasta 1754 cuando fue secularizado.¹⁷ Sin un lugar donde residir los Franciscanos abandonaron Sayula en una fecha que no se tiene clara.

En 1759 la iglesia de la parroquia fue destruida por otro temblor de tierra y reedificada treinta y ocho años más tarde.¹⁸ De nuevo se destruyó la iglesia en 1806 y se reconstruyó en 1853, para quedar en ruinas con el sismo de 1876.

Los constantes eventos sísmicos y sus efectos fueron reportados por los curas al Obispado de Guadalajara. A través de documentos que se conservan en el AHAG se sabe de las visitas y los informes realizados por los maestros en arquitectura y arquitectos más destacados de la época y de la región. Aunque dichas visitas e informes se centraron en la Parroquia, se asume que similares afectaciones pudieron manifestarse en el ex convento y santuario aquí estudiado, por lo cual, se mencionan algunos eventos y referencias como posibles pistas para un posterior estudio más detallado:

En el pueblo de Tonalá, Jalisco, el 11 de abril de 1806, compareció el prestigiado maestro Pedro José Ciprés para informar sobre el reconocimiento de las iglesias parroquiales de Zacoalco, Amaqueca, Sayula, San Sebastián, Zapotlán el Grande, Cocula y Tizapanito. Respecto a Sayula se refiere a los daños en la parroquia «...que resultan del terremoto experimentado en dichos pueblos la tarde del veinticinco del próximo pasado marzo: estuvo en cada uno de

16 *Ibidem.* p. 36.

17 *Ibidem.* pp. 32, 38.

18 *Idem.*

ellos por el mismo orden con que quedan nombrados y hallo sus respectivas iglesias parroquiales que por menor ha manifestado en los estados que ha formado respecto de las unas en los que esta pronto a formar respecto de las otras: que la de Sayula entre estas es una de las mas resentidas y estropeadas por efecto del mencionado terremoto porque sus Bovedas y Arcos se reventaron y salieron de su centro en términos que se están viniendo abajo y de las paredes, la que esta al lado del Norte a demás de estar rajada, se halla también desplomada: que para enterarse de la causa y motivo por que Magueo [sic.] este edificio mas bien por esta parte que por las otras reconocio prolijamente sus simientos [sic.] y estrotura [sic.]: que esta a juicio del declarante se hizo conforme a las reglas del arte a excepción de la torre que por haberse levantado sus dos cuerpos nuevos sobre dos viejos quedando los primeros como en vago sin amasisar ni rellenar sobre los segundos hice preciso que se arruinaran que los simientos de la iglesia eran regulares y bien construidos por todas sus partes a excepción de dos pilares contiguos a la misma pared del norte de los cuales tumbo una gran parte D. Francisco Garcia según le informaron al declarante el Presbitero D. Jose Maria Figueroa, y el Mayordomo de Fabrica D. Juan Montaña:....» Da fe y firma el Lic. Toribio González, al lado firma el declarante Pedro Ciprés.¹⁹

El 3 de enero de 1807 el cura de Sayula Manuel de Escoto informa al Obispo Juan Cruz Ruiz de Cabañas sobre su visita a Sayula el 6 de noviembre de 1806, para enterarlo de los daños provocados por los temblores que se registraron a fines de marzo del mismo año. También le informa que trajo a «Ignacio Ruis» del pueblo de San Juan, a quién se refiere como «oficial arquitecto y hábil practico». Dicho

19 AHAG. Caja 3, exp. 15, fs 32. 1806-1807

personaje hizo un dictamen en el que propone la reconstrucción de algunos elementos del edificio. El 26 de febrero de 1807 desde Zapotlanejo, el Obispo Cabañas ordena que este dictamen se turne a Pedro Ciprés para que emita su opinión.²⁰

Después de revisar el dictamen de Ruis, el primero de abril de 1807 Pedro Ciprés emite escrito en el que reitera las instrucciones que en su visita de marzo de 1806 dejó en cada iglesia que visitó. En este escrito informa que, a súplica de Don Manuel Ruiz también visitó el de la Tercera orden, y el Santuario de Ntra. Sra. de Guadalupe, documento que probablemente era un anexo pero que no se localizó.²¹

En el mismo tema, el 17 de agosto de 1807, Dn. Manuel Barreto testificó que después de una abundante lluvia, el cimientto de uno de los pilares de la parroquia al parecer bajó provocando que perdiera el plomo y se separára del muro. También recordó que en Sayula el terreno era inestable cuando se saturaba de agua.²²

²⁰ *Ibidem*.

²¹ Documento original datado en 1808 en el AHAG, caja 3, exp. 14, fs. 2, 1806.

²² AHAG. Caja 3, exp. 15, fs 32. 1806-1807.



Ilustración 1. Parroquia de Sayula, primer convento franciscano donde se observa la torre anterior que sucumbió en el sismo del 7 de junio de 1911. Según Lazcano «(M= 7.8, I= V, D= 370 km) «Temblor de Madero» ya que ocurrió cuando él entró triunfante a la Cd. de México. Causó fuertes daños en Zapotlán (Parroquia, Santuario, Tercera Orden, Sagrado Corazón y más de mil casas) y muertes (35). También fue destructor en la región cercana a Zapotlán (San Sebastián, San Andrés Ixtlán, Zapotiltic, Tuxpan, Tamazula, Tecalitlán, San Gabriel, etc.)». ²³ Fotografía de autor desconocido, tomada de Internet.

El 1 de octubre de 1878 el cura de Sayula Néstor Zárate informa al Arzobispo Don Pedro Losa y Pardavé que la iglesia parroquial quedó inutilizable con el terremoto del 7 de febrero de 1876. Su reparación inició en mayo de 1877 bajo las recomendaciones del arquitecto Manuel Gómez [Ibarra] quedando terminada la iglesia con su portada, pero pendiente la balaustrada interior según los proyectos del mismo arquitecto.²⁴ En su informe, Gómez Ibarra no menciona la torre, sin embargo, una fotografía de fines del siglo XIX manifiesta su similitud

²³ Lazcano Díaz, *op. cit.*

²⁴ AHAG. Caja 7, exp. 8, fs 5. 1878

con las torres de la Catedral de Guadalajara, obra del mismo arquitecto (ver ilustración 1).

El día 13 del mes de marzo de 1899 tembló fuertemente dañando el frontispicio y prácticamente todas las bóvedas de la nave.²⁵ El 1 de abril del mismo año el Ingeniero Antonio A. Fernández de Jáuregui presentó su dictamen. Entre otras cosas mencionó el desplome del muro norte.²⁶ El 19 de abril el cura de Sayula Francisco de A. Flores envía al Vicario Capitular en Guadalajara el informe que elaboró el ingeniero después de examinar los daños en el edificio.²⁷ Fernández reportó bóvedas que colapsaron, arcos que se abrieron y muros que se desplomaron.

En mayo de 1905 acaece otro sismo particularmente destructivo. El 27 de junio del mismo año el prestigiado arquitecto Guillermo de Alba entrega un dictamen sobre el estado físico de la parroquia donde reporta problemas similares a los anteriores. La solución propuesta era construir bóvedas planas de ladrillo soportadas por armaduras de fierro, en vez de las tradicionales bóvedas de piedra.²⁸ Propuestas novedosas como esta fueron características del arquitecto en proyectos nuevos como las cubiertas planas de concreto armado para el nuevo santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en Zapotlán, o las bóvedas planas de ladrillo sobre viguetas de fierro para la estación de ferrocarril de Chapala, Jalisco.

El segundo convento. Etapa 1 y 2. (1784-1795)

Parece ser que el susodicho traslado de la población en 1646, mencionado por varios autores, se refería solo a la etnia indígena que antes vivía en un sitio separado del asentamiento español, y que luego

25 AHAG. Caja 8, exp. 18, fs 1. 1899

26 AHAG. Caja 8, exp. 27, fs 17. 1899-1901

27 AHAG. Caja 8, exp. 17, fs 1. 1899-1901

28 AHAG. Caja 9, exp. 54, fs 5. 1911

se trasladaría a Sayula para asentarse al pie de la sierra donde más tarde llegarían los religiosos a establecer el segundo convento. De cualquier manera, desde el 15 de abril de ese año se reservó el predio para construir la Capilla Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y así se llevó a cabo (ver ilustración 2, izquierda).

Un título de propiedad descrito por Cervantes nos proporciona valiosos datos sobre dicho predio. El documento fechado el 12 de junio de 1781, asegura que el pueblo de indios determinó vender al Sr. Cura D. Felipe Casimiro Fernández Ramos un pedazo de tierra en las faldas del cerro del Calvario descrito de la siguiente manera:

«...un solar de tierra, sito en dicho pueblo, en la calle que sale de la plaza pública por el Hospital del Rosario para el cerrito del Calvario [del Tepeyac], y linda por el oriente con solar de Domingo Calvario y Antonio Calvario, su hijo; por el poniente con el dicho cerrito; por el Norte con el solar de Juan Isidro indios del barrio de San Lucas; y por el sur con el Cementerio del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, dicha calle real de por medio:...»²⁹

El Sr. Cura muere en 1784 pero antes cede la propiedad «...al Convento del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís, que se ha de construir en este pueblo,...»³⁰ De esa forma queda asegurado el predio para solicitar el permiso de fundación al rey, siendo otorgado el 18 de mayo del mismo año, y entregada de regreso la Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe a la Provincia de Santiago de Jalisco por parte del Sr. Obispo de Guadalajara, Dr. Y Mtro. D. Fr. Antonio Alcalde.³¹

En 1787 el P. Balcárcel envía una carta al Comisario visitador de la orden, solicitando ayuda pecuniaria para continuar con la obra.

²⁹ Rafael Cervantes. *op. cit.*, p. 43.

³⁰ *Ibidem.*

³¹ *Ibidem.* p. 43.

En un párrafo menciona que él y los demás frailes viven en una casa particular, lo cual significa que en 1787 las celdas aún no existían.³² El mismo autor afirma que «Al mismo tiempo que se fabricaba el Convento se había estado reformando también el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, quedando de 54 varas de largo, 11 de ancho, 10 $\frac{3}{4}$ de alto y con 7 cada crucero (ver ilustración 2, derecha); toda la obra se construyó sólidamente de cal y canto; las paredes y bóvedas eran de buen ladrillo; la torre medía 18 varas de altura y se componía de cubo, primer cuerpo y cimborrio. Finalmente, el 5 de mayo de 1795 se concluye el convento y probablemente el Santuario, estando de guardián el P. Fray Mariano Martínez García.³³

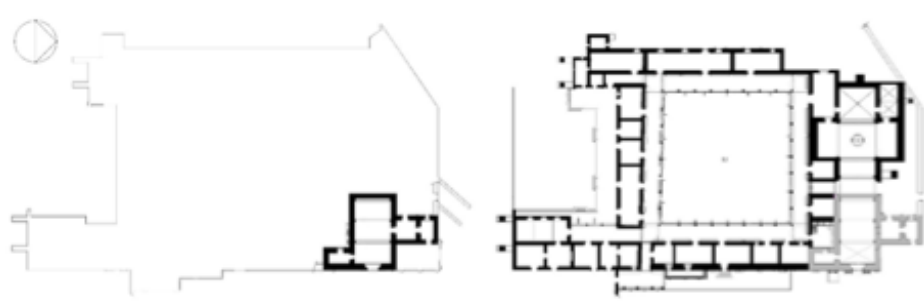


Ilustración 2. Izquierda: Etapa 1. Planta y ubicación hipotética del primer Santuario o Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe probablemente iniciado en 1646. Para ubicarlo dentro del predio, la línea discontinua perimetral indica el perfil del conjunto actual. Derecha: Etapa 2. El mismo Santuario integrado al actual. Dibujos e hipótesis del autor sobre levantamiento de Enrique Anguiano Cueto, y Enrique Anguiano Briseño.

Así como la capilla se integró en planta al nuevo santuario, creemos que se hizo lo propio en su fachada. Una prueba son las líneas semi-circulares que se marcan en el aplanado como juntas frías que bajan

³² *Ibidem.* p. 46.

³³ *Ibidem.* p. 47.

desde el arquitrabe del frontón circular a cada lado de las columnas (ver ilustración 3) y que representamos más claramente como remate de la fachada con una línea discontinua en la ilustración 4.



Ilustración 3. La pintura dañada nos permite ver las juntas frías a cada lado de la ventana coral. Fotografía del autor.

La fachada debió ser sencilla de acuerdo a los principios de humildad de la orden franciscana. La sencillez significaba lo esencial y una fachada que reflejara eso tenía los mínimos componentes arquitectónicos; una puerta con una portada sencilla; arriba un remate formando una especie de frontón para destacar el escudo de la orden o alguna imagen en relieve o de bulto. Al lado, una torre de un cuerpo con un vano por cara, y un pesado cupulín; la torre era masiva y baja tomando en consideración que Sayula sufría de constantes eventos sísmicos (ver ilustración 4).

Apoyando la idea de la torre —por lo menos en su base— existe un ojo de buey poli lobulado sobre el paramento poniente que sugiere la ventilación e iluminación desde el exterior, es decir, desde un patio o espacio abierto hacia el campo (ver ilustración 4a). La puerta que se observa bajo el ojo de buey es posterior.



Ilustración 4. Etapa 1. Probable fachada principal del primer Santuario. Hipótesis y dibujo del autor, sobre levantamiento de Enrique Anguiano Cueto, y Enrique Anguiano Briseño.



Ilustración 4a. Ojo de buey poli lobulado que indica la vinculación de la base de la torre con un espacio al aire libre. Fotografía del autor.

En cuanto a los diferentes elementos construidos dentro del predio «El terreno total, cedido para el convento, era un rectángulo de 400 varas de Sur a Norte y 200 de Oriente a Poniente. Además del Santuario comprendía un atrio de 125 varas de norte a Sur y 66 de Oriente a Poniente, cerrado por el frente con una serie de arcos góticos, como se ven hasta la fecha. El Convento está al Sur del Santuario: es un cuadrado de 67 varas por lado; tiene 14 celdas, sacristía, antesacristía,

cuarto para el campanero, dos cocinas, una despensa y un refectorio. El claustro está circundado por anchos y espaciosos corredores que miden 50 varas por cada lado; en medio hay un patio cubierto de abundante vegetación alimentada por una pila o fuente de agua, colocada en el centro; por el lado Sur quedan los vestigios de la huerta (ver ilustración 5); en aquellos tiempos existía el potrero llamado «El Burro», y al extremo sur, por el lado Oriente estaba y está el Camposanto, transformado más tarde en Cementerio Municipal.»³⁴

Del conjunto original se conservan modificados y re contruidos el convento, el santuario de Guadalupe, y la arruinada iglesia de la Tercera orden (no incluida en el levantamiento). (ver ilustración 5).

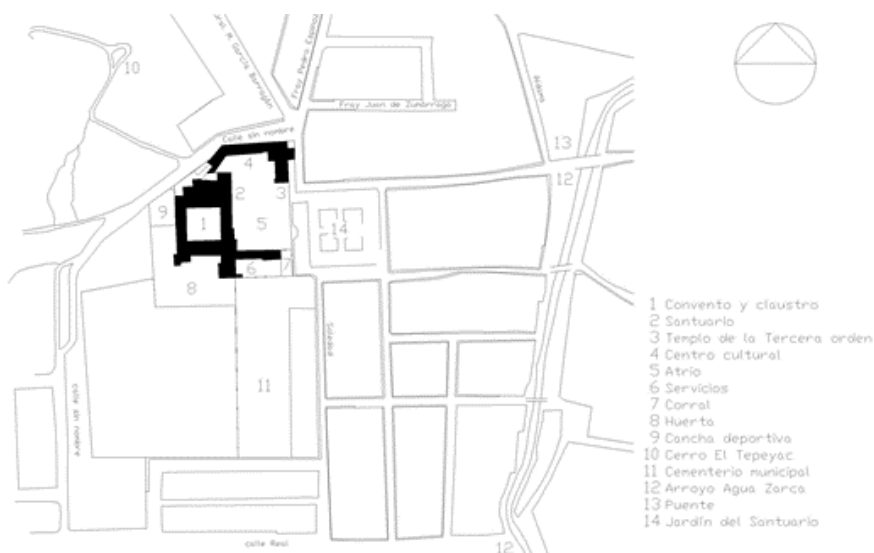


Ilustración 5. Conjunto del actual santuario elaborado por el autor sobre un plano catastral proporcionado por el Ayuntamiento de Sayula. Dibujo del autor.

³⁴ Rafael Cervantes. *op. cit.* p. 47.

La segunda etapa comprendía un convento y un santuario terminados simultáneamente, aunque el segundo parece que carecía de suficientes anexos de servicio.

Al frente aparecía una fachada de 75 m. de largo. Hacia el norte destacaba la torre de 17 m. de altura, y la portada del santuario de 10.14 m. En un segundo plano a 32 m. del frente, se observaba el cuerpo de la nave con su cúpula a una altura de 14.00 m. que realmente solo era notoria desde un punto alejado o alto como sería el cerro de Tepeyac. Para equilibrar la composición se echó mano de vanos, sombras y llenos. De esa manera la altura dominante de la torre se equilibraba al sur con la sombra que proyectaban las cubiertas de la portería y el balcón (ver ilustración 6).

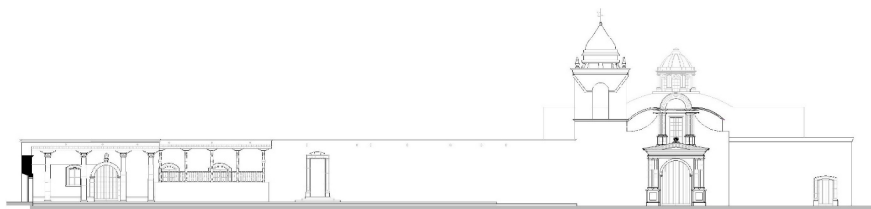


Ilustración 6. Fachada principal en su etapa 2 donde se observa a la izquierda la portería del convento, un balcón hacia el atrio y a la derecha el santuario aun sin la capilla del Sagrado Corazón de Jesús. Hipótesis y dibujo del autor sobre levantamiento de Enrique Anguiano Cueto, y Enrique Anguiano Briseño.

Etapas 2 (después de 1795) y 3 (siglo XIX)

El claustro se conserva con su planta en cuadro y corredores amplios como a fines del siglo XVIII. Tiene columnas de sección circular y arcos de medio punto todos de piedra. Las columnas son robustas, de base modificada cuadrada y fuste recto de sección circular. El capitel es de orden toscano y de talla burda.



Ilustración 7. Izquierda: Etapa 2. Planta baja del santuario y convento mostrando la hipótesis de los apéndices en el corredor poniente del claustro sobre un levantamiento realizado por Enrique Anguiano Cueto y Enrique Anguiano Briseño; revisado y detallado por el autor. Derecha: Etapa 3. Se agrega la capilla del Sagrado Corazón de Jesús que integra a su diseño la antesacristía y sacristía del primer santuario. Plano base, levantamiento realizado por Enrique Anguiano Cueto y Enrique Anguiano Briseño; revisado y detallado por el autor. Hipótesis del autor.

Los arcos se componen de dovelas de diversas longitudes. En las dos esquinas poniente notamos que el salmer fue tallado para que arrancaran tres bóvedas. Dichos salmeres muestran los arranques típicos de bóvedas de arista (ver ilustración 7, izquierda). Ese detalle nos hace pensar en dos posibilidades; o bien dichos salmeres fueron recuperados de otro edificio y por ese motivo la prospección con el georadar no registró la cimentación de las columnas que faltarían en cada esquina exterior para apoyar los dos arcos faltantes; o el proyecto del convento si contemplaba su construcción, pero nunca se completaron. Ejemplos de esta disposición arquitectónica los vemos en las catedrales de Burgos, León, Barcelona, Pamplona o en San Isidro del Campo en España. Si en nuestro caso, fueran parte del proyecto, en planta se vería como en la ilustración 7, izquierda. El uso proyectado pudo haber sido un templete como en la catedral de Barcelona, etc. En Hispanoamérica no encontramos un ejemplo análogo (ver ilustración 8).

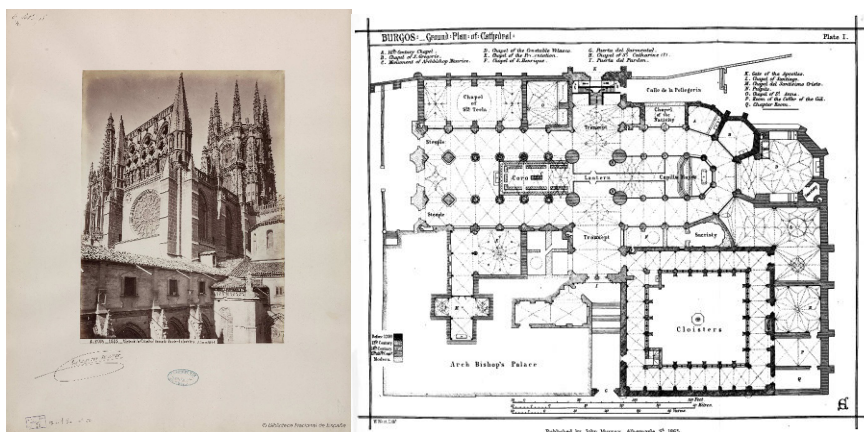


Ilustración 8. Izquierda: Vista del claustro de la catedral de Burgos, España, donde se observa un apéndice en la esquina utilizado como templo. Fotografía tomada de la Biblioteca Digital Hispánica (OCoLC)1022109154. Derecha: Plano de la misma Catedral. Tomada de <https://vitolds.blogspot.com/2017/11/tris-dienas-barselona.html>.

La etapa 3 (ver ilustración 7, derecha) desequilibra la composición pues aparece en el mismo plano de la torre y la portada de la entrada a la iglesia, el volumen dominante de la cúpula que cubre la capilla del Sagrado Corazón de Jesús. Fue edificada en estilo ecléctico a fines del siglo XIX a instancias de Don José Bobadilla y su esposa Doña Paula Gutiérrez.³⁵

La altura de la bóveda cañón de la única nave de la iglesia genera el espacio suficientemente alto para alojar un coro con su ventana hacia la fachada principal. El interior se divide en siete tramos que cargan sobre arcos fajones y estos sobre pilastras adosadas a los muros.

³⁵ *Idem.* p. 59.

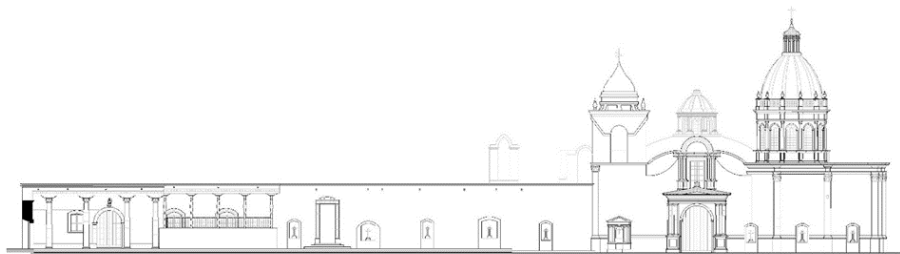


Ilustración 9. Fachada principal etapa 3. A la izquierda no sufre cambios importantes, pero a la derecha ya aparece la capilla del Sagrado Corazón de Jesús con su desproporcionada cúpula. El dibujo es de Enrique Anguiano Cueto y Enrique Anguiano Briseño; revisado y detallado por el autor.

La cubierta de los corredores anterior a la actual, fue de terrado (ver ilustración 10). Las vigas de madera mantenían la misma pendiente que la azotea para reducir el espesor del entortado, aunque esta disposición generaba un empuje lateral hacia el exterior, cuestión que contribuyó a la pérdida de verticalidad de las arquerías. Dicho efecto se acentúa más en las columnas centrales, y menos hacia los extremos formando una especie de curva en el pretil que se apreciaba mejor desde las azoteas. Con el fin de frenar el desplome, en algún momento se recalzaron las columnas con aparente buen resultado (ver ilustración 11, izquierda).

Todos los terrados fueron sustituidos por bóvedas de ladrillo con excepción del que tenemos en la portería y el balcón anexo.

Los muros, jambas, arcos y columnas estaban encalados con el fin de reflejar la luz natural y ocultar la textura de los bloques de piedra, mismos que ya limpios muestran múltiples daños mecánicos y resacas derivados probablemente de procesos de reutilización. Nótese los muretes entre columnas y recargados sobre los muros con el fin de reducir la esbeltez e incrementar la resistencia de los elementos

constructivos contra los efectos sísmicos. Al mismo tiempo dichos muretes se aprovechaban como bancos, o como bases para colocar macetas. El pavimento en la imagen parece hecho con losas irregulares de piedra o de barro cocido (ver ilustración 10).



Ilustración 10. Corredor oriente viendo hacia el corredor norte en los años 50's del siglo XX, donde se observan las vigas de madera de la cubierta de terrado. Fotografía de M. Calvario. Tomada de la revista Sayula editada en abril de 2011.



Ilustración 11. Izquierda: Vista de una columna con recalce para incrementar su estabilidad y capacidad de carga. La basa se recortó para imprimirle continuidad a la banca. Derecha: Bancos de mampostería adosados al muro del corredor norte, conservados como testigos cuando se retiraron los de los corredores oriente, poniente y sur. Fotografías del autor.

Las cubiertas actuales son relativamente recientes y presentan dos etapas. La primera en el corredor norte muestra bóvedas de ladrillo de cuña en sucio sobre viguetas de concreto armado prefabricadas en obra que se deformaron por el peso de la bóveda. Como remedio se colocaron por abajo otras vigas de refuerzo iguales a las anteriores considerando el peso del aplanado de las bóvedas tal y como se observa en las esquinas norte del corredor (ver ilustración 12, izquierda). La segunda en el resto de los corredores se redujo en espesor de la cubierta al utilizar bóveda de ladrillo tipo catalana en sucio sobre el mismo tipo de viguetas, sin embargo, también se deformaron y la obra quedó suspendida (ver ilustración 12, derecha).

De acuerdo a la fotografía los antiguos pisos de los corredores del claustro eran de piedra o de barro, pero en el siglo xx se sustituyeron por mosaico de pasta de cemento. Ante la inestabilidad del suelo, su típica rigidez no ha permitido la recuperación para utilizarlo en su propia reparación, de manera que la integración de un piso similar

fue descartada. El mismo problema se presentó al retirar las bancas de mampostería. En ambos casos se prefirió utilizar mortero de cal apagada con pigmento mineral.

Los sondeos a cielo abierto practicados en el jardín y en los corredores arrojaron alto contenido de arcilla, lo cual en presencia de un exceso de humedad el terreno se convierte en inestable. Esta condición incrementa el volumen del terreno provocando que el piso de mosaico de pasta se desprenda del firme o se fracture (ver ilustración 13).



Ilustración 12. Izquierda. Vista de la bóveda del corredor norte que ha sido reforzada y aplanada, mientras que en el corredor oriente muestra bóveda de ladrillo de cuña. Derecha. Otra vista del corredor Oriente hacia el corredor norte. Las fotografías son del autor.



Ilustración 13. Daños en el piso de mosaico de pasta de cemento por abombamiento del terreno. Fotografías del autor.

Etapas 4 (primera mitad del siglo XX), y 5 (1970 a la fecha)

La etapa 4 considera la continuación en la sustitución de los terrados por bóvedas de vigueta y ladrillo hasta terminar todos los espacios a excepción de la iglesia, la portería y el balcón anexo. Dicho proceso de sustitución probablemente alcanzó otros trabajos relacionados con los daños que provoca un evento sísmico, por ejemplo, el colapso de cubiertas implica daños a los pisos que en el momento de la reparación o sustitución de cubiertas también se hace necesario reparar, o sustituir los pisos afectados.

Como un espacio nuevo en esta etapa se construye el corredor norte que se utiliza como lugar de ocio y descanso para las celdas. Las vincula directamente con la estancia comedor y cocina a través del

corredor viejo, lo que anteriormente debía hacerse por el corredor sur del claustro. El resultado es que a pesar de que se conservan las antiguas puertas de las celdas hacia el corredor sur del claustro, ya no se utilizan, incluso algunos vanos de puertas se han adaptado en su parte interior como espacio de almacenaje (ver ilustración 14, izquierda). El diseño sobrio en fachada refleja la época en que se construyó. Columnas, capiteles y arcos se integraron perfectamente a sus correspondientes originales en el corredor del refectorio (ver ilustración 15).

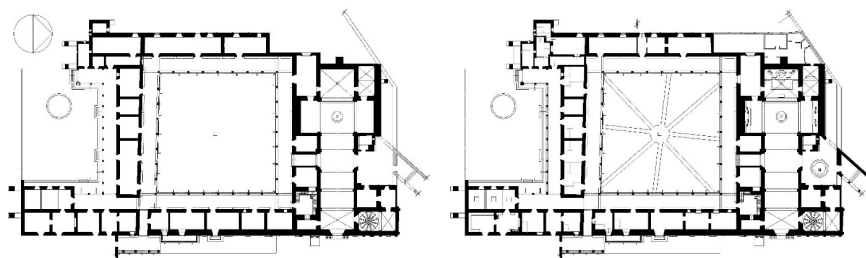


Ilustración 14. Izquierda. Etapa 4. Nuevo Corredor cubierto como área de descanso para las celdas. Derecha. Etapa 5. Subdivisiones en celdas para sanitarios y guardarrropas; Nuevas áreas de servicio para el santuario; interconexión de espacios para el museo y biblioteca; Nuevos baños para el dormitorio común. El dibujo es de Enrique Anguiano Cueto y Enrique Anguiano Briseño; revisado y detallado por el autor.

La etapa 5 ya no se refiere al crecimiento de nuevas áreas excepto en los anexos de servicio que apoyan las funciones del presbiterio y en general de la parafernalia de la iglesia. Igual se adecúa un amplio salón para dormitorio y baños comunes al extremo sur del ala poniente. Respecto de la re funcionalización de espacios, se abren puertas de intercomunicación entre espacios del proyecto original para nuevos usos como el caso del museo y la biblioteca (ver ilustración, 14 derecha).

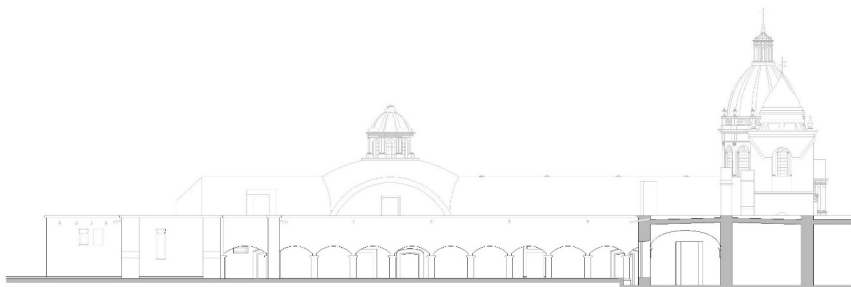


Ilustración 15. Etapa 4. Fachada del corredor norte de las celdas de religiosos, utilizado como espacio de descanso. El dibujo es de Enrique Anguiano Cueto y Enrique Anguiano Briseño; revisado y detallado por el autor.

Otros hallazgos

Rafael Cervantes menciona que el santuario tenía un viacrucis de mayólica que fue retirado en 1921, atribuido al artesano sayulense Don Epigmenio Vargas.³⁶ Igualmente, en la capilla del Señor de la Misericordia bajo un tapete encontramos un piso similar en relativo buen estado. (ver ilustración 16).



Ilustración 16. Piso de mayólica colocado en 1890 atribuido al artesano sayulense Don Epigmenio Vargas. El vía crucis fue retirado en 1921 por el Jefe Político González Pérez Castro para donarlo al recién inaugurado Museo Regional de Guadalajara. Fotografía del autor.

36 Rafael Cervantes. op. cit. p. 59.

Aunque la Capilla de la Tercera Orden no está incluida en nuestra investigación daremos una corta reseña de su presencia dentro del conjunto del convento y santuario. La Tercera Orden fue trasladada en 1792 de la parroquia al actual convento y santuario. Su nueva capilla comenzó a construirse en 1800 y se terminó en 1808. En su libro publicado en 1957, Cervantes afirma que en ese momento se inició la restauración del templo, sin embargo, no encontramos evidencia alguna.³⁷

El autor de esta investigación localizó en el archivo del convento, una copia heliográfica de un proyecto de 1981, que apenas colados dos arcos fajones la obra se suspendió sin una causa aparente (ver ilustración 17).

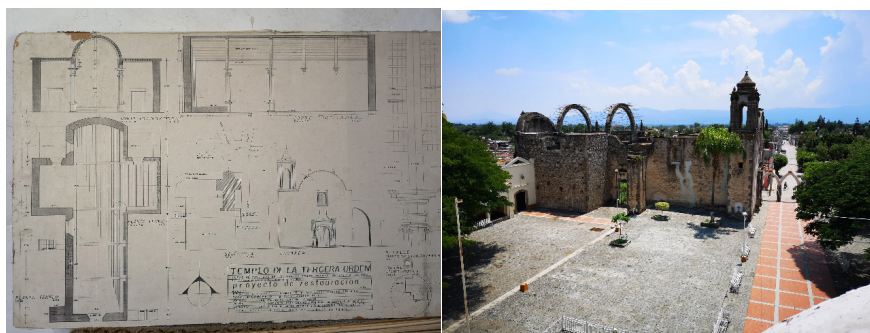


Ilustración 17. Izquierda: Copia heliográfica del proyecto de 1981 encontrada por el autor en una bodega del Convento. El proyecto lo presentaron José de Jesús Ramos y del arquitecto Jorge Chávez Álvarez, con el visto bueno de los Arquitectos Gonzalo Villa Chávez y Ambrosio Guzmán del C.R.I.N.H.A. Derecha: Vista del templo que muestra dos arcos formeros de la bóveda cañón que nunca se completó.

³⁷ *Ibid.* p. 59.

Conclusiones

El proyecto de intervención del claustro del ex convento, mostró en su etapa de registro, interesantes vestigios de reconstrucciones, agregados, así como reparaciones y adecuaciones funcionales de buena y mala calidad, no siempre respetuosas del lenguaje arquitectónico original.

La escasez de datos de archivo obligó a renunciar por el momento a fechas exactas y en vez, se optó por construir una datación relativa entre las pocas fechas certeras que se encontraron.

Entre lo más interesante se considera el diseño de los salmeres o dovelas basales de los arcos en las esquinas poniente, en las que se observan arranques para bóvedas de arista. De aquí que se consideren distintas hipótesis: las bóvedas de todos los corredores fueron pensadas como de arista; los salmeres estaban diseñados para arrancar cuatro arcos y cuatro aristas formando un apéndice en cada esquina poniente; los salmeres no formaban parte del proyecto original, sino que fueron recuperados de otro edificio para su reutilización.

Aunque no era un objetivo, la investigación se encontró con menciones de los maestros, ingenieros y arquitectos más importantes de la época, como preferidos por la Iglesia para valorar la seguridad de los edificios religiosos afectados por los constantes sismos, y las acciones de reparación o reconstrucción. Entre ellos los más destacados fueron José Pedro Ciprés (segundo tercio del siglo XVIII), Manuel Gómez Ibarra (segunda mitad del siglo XIX), y Guillermo de Alba (primera mitad del siglo XX).

Archivos consultados

AHAG. ARCHIVO HISTÓRICO DE LA ARQUIDIÓCESIS DE GUADALAJARA

Bibliografía

- AGUILAR, FRANCISCO JAVIER DELGADO Y LOZOYA, RAYMUNDO PADILLA (2020) «El rigor de la divina justicia. características y consecuencias del sismo de «la encarnación» en Zapotlán el Grande, Jalisco, en 1806.» *Temas americanistas*, (44): 175-197.
- CASTILLO, SALVADOR LAZCANO DÍAZ DEL (2001) «XIII Congreso nacional de Ing. sísmica.» *Sismicidad histórica de Guadalajara, Jalisco*. Ed. XIII Congreso nacional de Ing. sísmica. Guadalajara, Impreso.
- CERVANTES, RAFAEL (1957) *Album Histórico Ilustrado*. Guadalajara: Arzobispado de Guadalajara, Impreso.
- PALOMERA, ESTEBAN J. (1997) *La obra educativa de los jesuitas en Guadalajara 1586-1986*. México: Instituto de Ciencias, ITESO, Universidad Iberoamericana, Impreso.
- SOSA, ROSA MARÍA SÁNCHEZ (2012) «La vulnerabilidad de la restauración de monumentos ante los sismos. Aplicación del método de macroelementos a tres iglesias del siglo XVII en San Sebastián del Oeste, Jalisco, México.» Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya, 01 de octubre de 2012. Tesis de doctorado inédita.
- TERÁN, MARTA (2014) «El testimonio del Consulado de Guadalajara de 1802 referente al Puente de Calderón. Historiografía ¿sobre sus arcos?» *Historias*, 2014, (89): 55-78. Impreso.

Arquitectura Franciscana Jaliscience

Se terminó de editar en diciembre de 2023 en las instalaciones de Partner, Aliados estratégicos para la producción gráfica.

Jerez 2278, Colonia Santa Mónica
C.P. 44220, Guadalajara, Jalisco, México.

En su formación se utilizó la familia tipográfica *Diderot*, diseñada por Cristóbal Henestrosa Matus.